



EL PAÍS DE LA REINA DE SABA

TESOROS DEL ANTIGUO YEMEN

CUADERNOS DE ARTE

CONDE
DUQUE
CENTRO CULTURAL

Exposición organizada por el Centro Cultural Conde Duque, Bancaja,
Ministerio de Cultura de la República del Yemen y la Organización General
de Antigüedades, Museos y Manuscritos de la República del Yemen

COMITÉ DE ORGANIZACIÓN

Ayuntamiento de Madrid

José María Álvarez del Manzano y López del Hierro
ALCALDE DE MADRID

Mercedes de la Merced Monge
PRIMERA TENIENTE DE ALCALDE
TITULAR DE LA RAMA DE COORDINACIÓN GENERAL DE SERVICIOS, CULTURA Y SERVICIOS COMUNITARIOS

Fernando Martínez Vidal
CONCEJAL DELEGADO DEL ÁREA DE CULTURA, EDUCACIÓN, JUVENTUD Y DEPORTE

Lucía Brizuela Castillo
DIRECTORA DE LOS SERVICIOS DE CULTURA

DIRECCIÓN

Juan Carrete Parrondo
CONSEJERO TÉCNICO DE ARTES PLÁSTICAS DE LA CONCEJALÍA DE CULTURA
Y DIRECTOR DEL CENTRO CULTURAL DEL CONDE DUQUE

Gobierno de la República del Yemen

Abdul Wahab M. al Rouhani
MINISTRO DE CULTURA DE LA REPÚBLICA DEL YEMEN

Mohammed al Arusi
PRESIDENTE DE LA ORGANIZACIÓN GENERAL DE ANTIGÜEDADES, MUSEOS Y MANUSCRITOS DEL YEMEN

Marco Livadiotti
COORDINADOR GENERAL

Mohammed al Sayyari
CONSERVADOR DE LA ORGANIZACIÓN GENERAL DE ANTIGÜEDADES, MUSEOS Y MANUSCRITOS DEL YEMEN

Mohammed Lutfi

Caja de Ahorros de Valencia, Castellón y Alicante, BANCAJA

S. A. R. la Infanta Doña Cristina, Duquesa de Palma de Mallorca
PRESIDENTA DE HONOR DE LA FUNDACIÓN BANCAJA

Julio de Miguel Aynat
PRESIDENTE DE BANCAJA

AGRADECIMIENTOS:

EDDIE FERRARONS, CONCHA HERRERO, JUAN CARLOS DE LA MATA, GABRIEL MOYA, ABDALLAH AL MUTARREB, MERILYN PHILLIPS HODGSON, OMAR HUSSEIN SABAA, DUQUE DE SAN CARLOS, AIWAN SHAIBANI, EMBAJADA DE LA REPÚBLICA DEL YEMEN EN ESPAÑA, EMBAJADA DE ESPAÑA EN ARABIA SAUDI, UNIVERSAL TOURING COMPANY YEMEN, YEMENI YEMEN AIRWAYS

PRESENTACIÓN

El Centro Cultural Conde Duque del Ayuntamiento de Madrid y BANCAJA presentan en esta ocasión una singular exposición que trata de dar a conocer una de las culturas más antiguas, la que floreció al sur de la Península Arábiga, en lo que hoy es el actual Yemen, hace más de tres mil años. Convencidos de que el conocimiento del pasado es una de las claves para la comprensión del presente, deseamos que esta exposición y este texto explicativo que la acompaña sea para algunos el primer paso de un mejor conocimiento de la Arabia felix y del país del incienso y la mirra.

Exposiciones de esta importancia solamente son posibles por la colaboración de diversas entidades, en primer lugar la reiterada y fecunda colaboración que vienen desarrollando el Ayuntamiento de Madrid y BANCAJA y que tan excelentes resultados culturales reportan tanto a los ciudadanos madrileños como a los de la Comunidad Valenciana. En el caso concreto de esta exposición, queremos agradecer la colaboración del Ministerio de Cultura de la República del Yemen y su Organización General de Antigüedades, Museos y Manuscritos, sin cuya generosa contribución no hubiera sido posible que nos sintiésemos transportados a un mágico país y a los tiempos de la legendaria Reina de Saba.

JOSÉ MARIA ÁLVAREZ DEL MANZANO
Y LÓPEZ DEL HIERRO
Alcalde de Madrid

JULIO DE MIGUEL AYNAT
Presidente de BANCAJA

En el marco de la cooperación entre el Reino de España y la República del Yemen, se organiza esta exposición arqueológica en la ciudad de Madrid y la Comunidad Valenciana. Esta exposición tiene como objetivo fundamental presentar las características de la civilización antigua yemení al pueblo de España a través de las piezas artísticas seleccionadas que proporcionan a los visitantes la imagen de esta antigua civilización. Por otra parte, la exposición presenta las características turísticas que tiene nuestro país: una tierra con una riqueza cultural muy atractiva y una belleza de paisaje extraordinaria, gracias a su diversidad: el mar, las montañas y el desierto.

En el antiguo Yemen fue donde prosperó el reino de Saba y en él se hizo famosa su Reina. Los monumentos y las artes de aquel reino están presentes en esta singular exposición, que espero disfrute el público.

Agradezco todos los esfuerzos llevados a cabo para el éxito de esta exposición, en especial al Ayuntamiento de Madrid, a BANCAJA y a la Organización General de Antigüedades, Museos y Manuscritos de la República del Yemen.

ABDUL WAHAB M. AL ROWHANI
Ministro de Cultura de la República del Yemen

EL PAÍS DE LA REINA DE SABA. TESOROS DEL ANTIGUO YEMEN

Felipe Maílo Salgado

EL PAÍS DE LA REINA DE SABA. Yemen es la tierra de la Reina de Saba y el lugar donde se desarrolló la civilización sudarábica. Tiene una extensión de 527.968 kms² –es por tanto ligeramente mayor que España– y cuenta con más de 18 millones de habitantes. En árabe *Yaman* significa "país del Sur", opuesto a *Sham* (=Siria, Damasco) "país del Norte". En árabe la expresión "al norte y al sur" se dice: *shaman wa yamanan*. Pero la raíz verbal *ymn* también significa: "ser de buen augurio, ir por la derecha, atraer las bendiciones"; y el nombre verbal *yumn*, denota: "bendición, suerte, prosperidad, bienestar, felicidad"; de ahí que el Yemen en la Antigüedad fuera llamado *Arabia Eudaemon* en los textos griegos y *Arabia Felix* en los latinos: la Arabia Feliz, pero también "fértil o fecunda", que se oponía a la *Arabia Petraea* (Arabia de las piedras) –la península del Sinaí y su entorno– y a la *Arabia Deserta*, aquella de los grandes desiertos.

Los griegos comenzaron a interesarse por Arabia con Alejandro el Magno, que mandó explorar a sus almirantes las costas orientales y meridionales de la península. Con las noticias recogidas entonces, Agathachides de Cnido, en el siglo II a. C. (en un pasaje que recoge Estrabón, Diodoro y Plinio el Viejo), se refiere al sur de Arabia como "país de los sabeos, más numerosos y más prósperos que los árabes". Cayo Plinio el Viejo, en el siglo I a. C., en su *Historia Natural* añade: "Los sabeos son riquísimos por la fertilidad de sus bosques olorosos, además de sus minas de oro, por el regadío de sus campos y por su producción de miel y cera".

A partir de entonces la historia del antiguo Yemen y de la civilización sudarábica es ante todo la de los sabeos, una especie de nombre genérico que recubre amén de a las gentes de Saba', a las de Ma'in, Qatabán y Hadramawt. Es en esa región de tierras bajas situada entre dos cadenas de montañas principales y al borde del desierto de Sayhad (conocido por los geógrafos árabes de las edades medias con ese nombre y actualmente llamado Ramlat as-Sab'atayn), en los confines del gran desierto del este, ar-Rub'al-Jalí (el cuarto vacío), donde surgió la civilización más reciente entre todas las del Medio Oriente antiguo, dándose allí una cultura urbana, realizaciones hidráulicas y cultivos irrigados. A la agricultura de regadío se le añadió el factor geográfico, lo cual dotó a la región de una doble ventaja: un relativo aislamiento al abrigo de las devastaciones militares y las condiciones estratégicas de un territorio entre dos mundos: el indico y el mediterráneo, pudiendo así desempeñar un papel destacado de intermediario comercial, con altibajos, por supuesto, durante más de un milenio.

EL PALEOLÍTICO Y EL NEOLÍTICO EN EL YEMEN. Arqueólogos de una misión rusa encontraron una industria lítica en un abrigo, en la margen derecha en un afluente del Wadi Hadramawt, cuya ocupación remontaría a 700.000 años. Ello hace pensar que el *Homo erectus*



Aldea tradicional yemení de las tierras altas
(Fot. T. J. Wilkinson)



Mapa de la antigua Arabia del Sur (Dibujo de A. Searight)

habría colonizado el Yemen. Sea como fuere, en la región de Shabwa una rica concentración de bifaces en varios lugares, asociados al modo de talla "levallois" y a un utillaje grande, confirma la importancia que allí tuvo el Paleolítico medio, cuya datación se situaría entre 200.000 y 300.000 años.

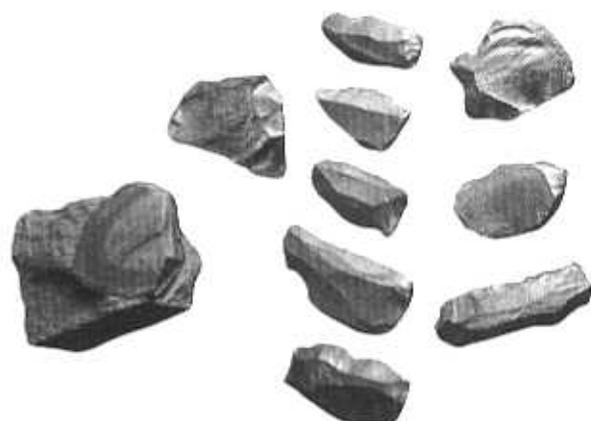
El Neolítico, como es bien sabido, se caracteriza por la aparición de cambios fundamentales, tales como la domesticación de animales y plantas. En el Yemen las puntas de flecha encontradas, de formas y dimensiones variadas, testimonian un cambio cualitativo en las armas arrojadas, al tiempo que se daba la aparición de una serie de fenómenos técnicos y económicos nuevos: la trituración, que numerosas moletas ilustran, el pulimento de pequeñas hachas y de cuentas de formas redondeadas hechas de minerales diversos. La circulación de nuevas materias primas como la obsidiana, por ejemplo, que procura piezas con filos sumamente cortantes, o conchas marinas halladas a cientos de kilómetros del mar Rojo y del océano Índico hablan de una época distinta, más técnica y productiva. Habida cuenta que asociados a esta industria lítica aparecen restos de osamentas de diversos animales —no sólo de uros y búfalos antiguos, sino también de animales domésticos— no hay duda de la existencia de una temprana economía pastoril basada en rebaños de bueyes, cabras y ovejas. Una forma de vida en esas tierras que los expertos consideran anterior al VI milenio.

En cuanto al arte rupestre, que ha de continuar hasta época histórica, las muestras más antiguas que se conocen se remontan al VII milenio. Es un arte de cazadores; en cuanto a la representación animalística en grandes figuras es la de los animales cazados. El búfalo y el uro, especímenes de un ecosistema húmedo, constituyen el primer bestiaro de este arte rupestre grabado sobre las rocas. A principios del Neolítico la representación animalística evoluciona hacia un estilo convencional, indicando que el arte se ha vuelto expresión de un mito o de una creencia religiosa. El repertorio temático se ha ampliado, interviniendo incluso la figura humana en escenas de tipo mitológico. El animal más representado es el ibice, una especie de cabra montés; también aparecen onagros y antílopes. A comienzos del período histórico menudean los temas guerreros, hombres a pie o montados a caballo, cabezas, armas, etc. El camello se hace omnipresente, siendo a veces el único motivo de la escena representada.

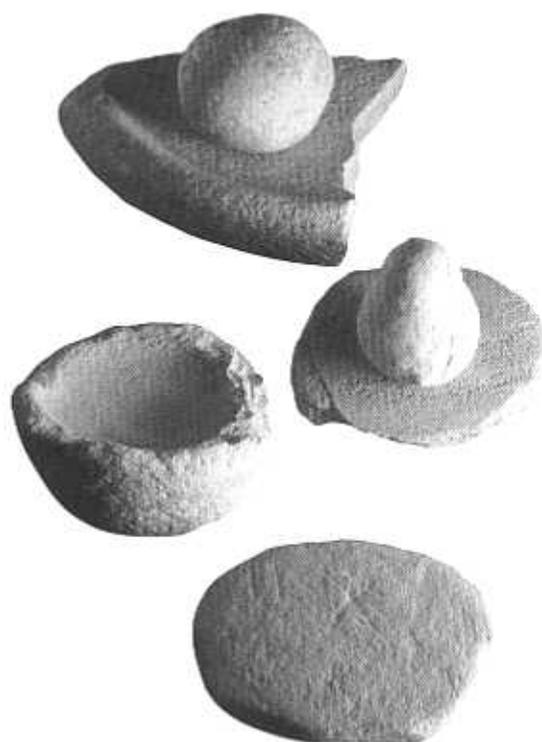
El final de la prehistoria viene informado por unos complejos megalíticos fundamentalmente sin cerámica, en el Hadramawt, entre el IV y el II milenio. Parecen la expresión regional de una tradición transarábica, apogeo de un primer estadio pastoril alrededor de una comunidad de aldea calcolítica, o sea la cultura del periodo eneolítico que precede a la edad del Bronce, dándose en las tierras áridas un incipiente regadío. La aparición de monumentos megalíticos se asocia con una fase inicial de producción de alimentos, así como un principio de jerarquización y de organización social. Poco antes del periodo sudarábigo, las tierras de estas gentes en el Yawl (alta meseta dividida por el Wadi Hadramawt) entran en un proceso de desertización, manteniéndose en adelante allí grupos de nómadas. En las tumbas, saqueadas desde antiguo, se han hallado collares y pectorales de concha venidos de cientos de kilómetros, lo que prueba la existencia de relaciones entre las regiones del Yemen desde época remota.

La Edad del Bronce en el Yemen comienza hacia el III milenio en las altas tierras y se inscribe en el cuadro cultural de los territorios continentales próximos. Mientras que en la Tihama (la llanura a orillas del mar Rojo) la cultura Sabr se integraría en un contexto marítimo abierto a influencias africanas. En las tierras altas la actividad agrícola (trigo, cebada, avena y sorgo) se combina con la ganadería caprina y ovina esencialmente. Las aldeas disponen sus casas —formadas por dos piezas ovales, una se utilizaba como habitación y la otra servía de despensa y cocina con techo de paja, abiertas a un patio central— todas en círculo, protegiendo el enclave del exterior. La organización social muestra la fragmentación de la sociedad en grupos familiares separados. La cerámica de color rojo, con incisiones groseras, áspera y pesada, es la típica de estas gentes. De sus intercambios comerciales dan fe lo hallado en cámaras sepulcrales, en las que se encuentra bronce, conchas, piedras semipreciosas, obsidiana, e incluso estatuillas graníticas de las que desconocemos su función.

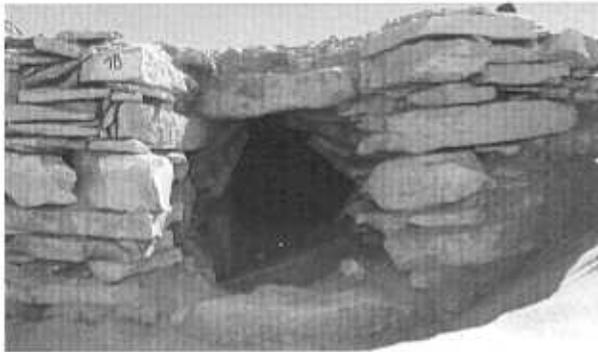
Una nueva cultura surge en la franja costera del suroeste yemení, según la tradición histórica, sería la de unas gentes semíticas venidas del norte. Éstas se habrían instalado en un territorio habitado por grupos humanos de lengua cusita, que parecen haberse dispersado hasta el otro lado del mar en tierras de África. Hoy no se duda que estas dos poblaciones coexistieron en la región durante siglos. La arqueología prueba que los inmigrantes de lengua semítica encontraron en el Yemen sociedades desarrolladas, tanto en el plano cultural como en el político. Esta cultura mestiza llamada Sabr, cuya gente hablaba quizás cusita (grupo lingüístico al que pertenece el somali, el galla, etcétera.), era una sociedad agraria y ganadera, practicaba la irrigación de tierras, explotaba los recursos del mar y se dedicaba a un comercio a larga distancia. En la segunda mitad del II milenio culturas estrechamente emparentadas prevalecen a ambas orillas del mar Rojo meridional. Curiosamente, a uno y otro lado se da el incienso y la mirra, cuyas resinas eran ya consumidas en la cultura Sabr. Recientes descubrimien-



Diversos útiles del Paleolítico Medio. Museo Nacional de San'a



Objetos para moler y triturar. VI milenio a. C. Depósito francés de la excavación



Entrada oeste de la tumba 79 en Yabel Yidran (Fot. de la Misión arqueológica francesa. Yawf-Hadramawt)

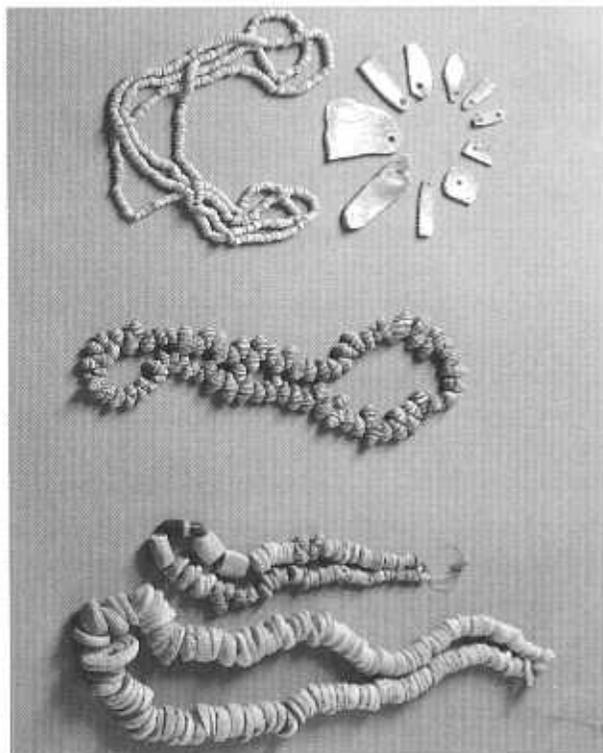
bes, aunque cercanas a ellos por el lenguaje: el sudarábigo –del que todavía una forma moderna se utiliza en lugares de Hadramawt y Socotra–, tenían una religión y unas estructuras políticas, sociales y económicas muy diferentes. Sedentarios, estrechamente ligados a las condiciones del entorno y fuertemente dependientes de factores económicos que no llegaron a controlar (como los itinerarios marítimos del comercio internacional), tuvieron, no obstante, la suficiente fuerza cultural para extender su influencia hasta Abisinia. Por lo demás, salvo excepciones mínimas, la civilización sudarábiga fue un fenómeno extraño en el concierto de pueblos de la península Arábiga. Los árabes jamás la adoptaron, ni siquiera aquellos que entraron en contacto con ella cambiaron en nada sus costumbres nómadas en el interior del Yemen.

Hoy, los especialistas, ateniéndose a datos lingüísticos, tienen por seguro que en el curso del primer milenio a. C., grupos de gentes procedentes del norte se aposentaron en el Yemen; primero en Hadramawt y después en el noroeste, los últimos llegados pudieron ser los sabeos –ya que según fuentes asirias, en tiempos de Teglafalasar III (745-727 a. C.) tribus y ciudades sabeas se encontraban “en los confines de las tierras occidentales”, es decir, en Arabia noroccidental. Esto demuestra que todavía por esas fechas había sabeos viviendo en el norte dedicados al comercio de productos yemeníes, como confirma un texto babilónico descubierto hace unos años. Se ha constatado además que, si bien existieron en el país formas de irrigación artificial desde el II milenio a. C., estas técnicas no conocieron un auge definitivo sino después de la fundación de centros urbanos, en torno al año 1000 a. C., luego de la llegada de estas gentes.

Con todo, los problemas cronológicos todavía no están resueltos y siguen sujetos a cambios.

LOS REINOS SUDARÁBIGOS. LOS MUKARRIB.

Siendo el país yemení muy montañoso, raramente pudo darse un estado unido. Su normalidad histórica fue un poder político fragmentado. Los autores griegos de época helenística se hacen eco de ello y hablan de cuatro “pueblos” sudarábigos: los mineos (del reino de Ma’in, capital Qarnaw), los sabeos (del reino de Saba’, capital Maryab, hoy Ma’rib); los qatabanies (del reino de Qatabán, capital Tamna’) y los hadramitas (del reino de Hadramawt, capital Shabwa). Esta división política se



Pectorales y collares. Al.Yawl. Finales del IV milenio, inicios del III milenio a. C. Museo Al-Mukallá



Estatuas de granito de figuras femeninas de pie. III-II milenio a.
C. Museo de Marib

fue llevado por los soberanos de Saba' desde mediados del siglo VIII a.C. hasta 550 de la era cristiana. Sin embargo, también lo adoptaron dos soberanos de Hadramawt, y los reyes de Qatabán lo llevaron desde el siglo VI al I a. C., tras la decadencia de Saba'.

Abisinia tuvo también sus *mukarrib* indígenas, ya que la influencia de Saba' en su época de esplendor llegó a ser grande, y no sólo estos magnates africanos copiaron la titulación, sino que adoptaron deidades, cultos e instituciones sudarábigas. Estos soberanos abisinos de la meseta de Tigré reinaron tanto sobre las poblaciones locales, como sobre las colonias sabeas instaladas en el país (Matara, Yeha y Hawlti-Melazo, lugares todos donde han aparecido inscripciones en sabeo). El templo de Yeha, por ejemplo, el monumento más antiguo de cierta importancia que se conserva en Etiopía, resulta excepcional para su época. Está hecho de piedra en una región que sólo conocía el ladrillo y las estructuras de madera. La disposición de las columnas y las ensambladuras en caja y espiga son de raigambre sabea.

El título de *mukarrib* se abandonó en el siglo I de nuestra era para ser sustituido por el de rey, cuando en las sociedades sudarábigas se prefirió prestar obediencia personal a un soberano, en vez de someterse a un ritualizado culto colectivo, dirigido por el príncipe mediador que invocaba a los dioses tutelares del Estado en nombre de la comunidad.



Utensilios domésticos. Hacia el siglo XIII a. C. Museo Al-Hawta

confirmaba en la realidad lingüística: el sudarábigo antiguo tenía, en efecto, cuatro dialectos.

Cada uno de estos cuatro reinos principales estaba formado por el dominio de un territorio y un colectivo humano que, bajo la égida de un dios protector, era dirigido por un jefe que toma el título de rey y a veces el de *mukarrib* (la vocalización de esta palabra es hipotética y puramente convencional) "unificador", "federador". El título de *mukarrib* lo llevaba un único soberano. Si había dos que tomaban semejante título era, o bien como afirmación de independencia del uno con respecto al otro, o bien como clara provocación belicista (el rival económico más poderoso de Saba' fue el rey de Awsán, que además se tituló *mukarrib*). Considerando, pues, que dicho título no podía darse en dos reinos diferentes, salvo en ciertos periodos de conflicto, quizá ello daba autoridad a su poseedor, aunque fuera de forma nominal, sobre todos los reinos sudarábigos. Este título

LA RELIGIÓN. Las comunidades sudarábigas se basaban sobre todo en los lazos étnicos y en la práctica de un culto común. Cada reino tenía su propio dios clánico. En Ma'in, así como en Awsán, eliminado por Saba', se veneraba a *Wadd*, "amor", dios muy popular en el contexto sudarábigo que tenía por animal simbólico la serpiente. El dios de Hadramawt era *Sayin* (que no era otro que el dios mesopotámico *Sin*, "luna"). Su principal lugar de culto estaba en Shabwat, capital del reino. El animal simbólico del dios era el águila. En Qatabán la deidad principal era *'Amm*, el dios "luna".

Nuestro saber del paganismo sudarábigo es muy fragmentario. Sólo merced a las inscripciones locales y a los textos votivos principalmente, hemos llegado a tener ciertos conocimientos. Ignoramos todo sobre los mitos

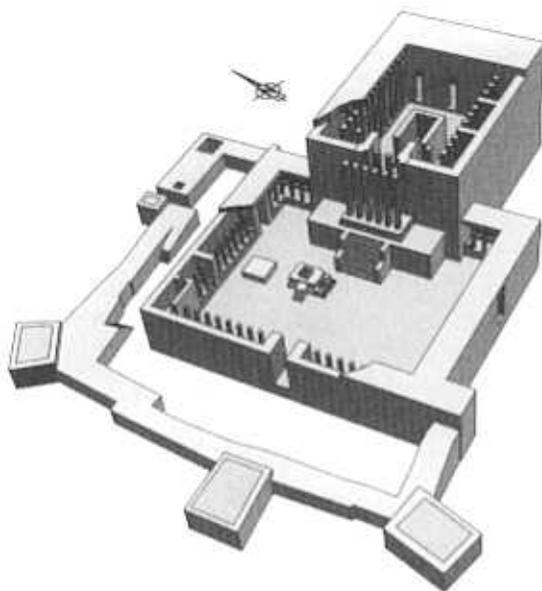


Templo de Baran. Marib

teogónicos o acerca de la fundación de los reinos del sur de Arabia, por más que las inscripciones aludan a parejas divinas generadoras de hijos e hijas, o a diosas madres. Algún especialista ha propuesto una triada divina: el dios Luna, habría sido el padre, la diosa Sol, la madre, y el dios Venus, el hijo. Pero únicamente conocemos las circunstancias en las cuales eran invocados sus nombres, títulos, símbolos, atributos, animales asociados, templos....

Aun así, sabemos que los sabeos, por ejemplo, eran "la progenie de *Almaqah*", su dios tutelar (cada reino tenía el suyo) y los qatabanies, la de *'Amm*; pues la más antigua concepción estatal era la teocrática, bajo la forma de triada: dios tutelar-soberano-pueblo. El soberano ejerce las funciones religiosas precisas e indispensables; mediador entre dioses y hombres edifica templos y dirige la caza ritual del íbice, animal sagrado. Las divinidades eran de naturaleza astral; nombres como *Shams*, "sol", *Rub'*, "cuarto de luna", *Sahar*, "aurora", etc., lo dejan bien claro. El dios, sin embargo, que ocupaba la primacía en el panteón sudarábigo era *'Athar*, una divinidad masculina de la fertilidad y de la lluvia que no es otra que la Astarté cananea, la Ishtar mesopotámica, identificada con el planeta Venus. Estos dioses eran venerados en santuarios que podían estar dentro y fuera de las ciudades y se componían, en su mayoría, de un edificio de planta rectangular, dotado de un pronaos porticado ante la cella, núcleo del templo y habitáculo del dios. En el famoso Bar'an (hoy llamado *Arsh Bilqis*, "Trono de Bilqis"), templo de *Almaqah*, situado en el oasis meridional de Ma'rib, fuera de la aglomeración, había un toro de bronce de enormes proporciones. Era el animal simbólico del dios sabeo, protector de la irrigación, de la vida y de la fertilidad. Los sacerdotes eran los encargados de llevar las ofrendas de los fieles ante el dios, pues la gente común no entraba en la cella. En el propio oasis había otro templo: el de Awwán (hoy llamado *Mahram Bilqis*, "el santuario de Bilqis"), el famoso templo oval dedicado también a *Almaqah*, divinidad suprema de la federación de las tribus sabeas, el más grande santuario conocido de toda Arabia del Sur. Parece que su parte principal la constituía una especie de piscina, donde los fieles hacían abluciones rituales para purificarse.

Las ofrendas consistían en animales domésticos o salvajes, en las primicias de las cosechas, bebidas e incienso del país. En las peregrinaciones y en las grandes fiestas, la carne de los animales sacrificados ritualmente era consumida por la comunidad.



Reconstrucción del templo de Barán en Marib (H. David)

poseía un centro religioso y administrativo propio, que recibía el nombre de *hayar*. El elemento característico del mismo era el santuario, en el que se hallaba el dios tutelar. Lo fundamental eran los vínculos tribales, reforzados por los económicos (se han encontrado misivas para pedir una mercancía o reclamar una cantidad; gran parte de los contratos conciernen a géneros agropecuarios: se vendía y se compraba trigo, sorgo, cebada, lentejas, grano de sésamo, dátiles, harina, sal, ganado: cabras, ovejas y camellos). Esto aseguraba la cohesión del *sha'b*. Secundariamente entraban en juego las relaciones políticas. El jefe temporal del *sha'b* llevaba la modesta denominación de *bkr*, "primogénito", y otras veces la más pomposa de *mlk*, "rey", aunque su territorio no fuera grande. De todas formas, con rey o no el *sha'b* tenía un fuerte componente colectivo y de consenso. Un tercer elemento de unión se daba cuando un *sha'b* se imponía a otros *sha'b*, entonces se pasaba a un nivel superior de organización y el territorio podía abarcar varios miles de kilómetros cuadrados. Esas entidades etnoculturales se mantenían unidas mediante un nombre, un dios y un sentido de integridad territorial, que a menudo venía definido por un sistema cooperativo para desviar el caudal estacional de un *wadi*, y conducir sus aguas a una red compleja de irrigación. Existían confederaciones de grandes y pequeños *sha'b*, los casos históricos de Saba' y Ma'in lo ilustran. El nivel último de cohesión lo procuraba la lengua, puesto que existían cuatro diferentes dialectos en este área cultural. (Es obvio que, cuando los geógrafos griegos reconocieron cuatro "naciones" principales en estas regiones, emplearon el criterio lingüístico para establecer tal diferenciación).

La sociedad sudarábica estaba, no obstante, bastante jerarquizada en cuanto a los individuos y en cuanto a las tribus. En una inscripción sábea aparecen citados: "nobles" (*kbr*, literalmente "grandes"), "pueblo" (*'mt*) y "clientes" (la raíz *'mt* indica cierto grado de subordinación). Quien pertenece a un clan dirigente es un *qyl*; al hombre libre se le llama *hr*; y el dependiente es un "siervo" *'bd*; pero al subordinado de alto rango se le denomina *mqtuy*. Las gentes de la tribu subordinada a otra son *'dm*, "siervos" de la tribu dominante.

Era la tribu dominante la que daba el nombre al reino (Saba', Qatabán, Hadramawt, Ma'in). Reinos surgidos de las comunidades territoriales tribales, que en pequeños grupos en los valles somantanos se encargaban por sí mismos de la organización y de la explotación de la tierra, así como del sistema de recogida y distribución de aguas (ciertos documentos hallados conciernen a los recursos de agua para la irrigación entre diferentes linajes; otros dan cuenta de la asociación de varias personas para la cría de ganado). Las exigencias de la vida económica —agricultura y comercio— y las circunstancias políticas y religiosas favorecieron, desde el primer milenio a.C., el agrupamiento de estos pequeños grupos en grandes comunidades, creándose entonces ciudades-Estado, o estados administrados por consejos de ancianos salidos de las tribus, reyes y diversos magistrados. Los Estados más fuertes nacieron donde la economía estaba basada en una agricultura intensiva de regadío. Resulta sorprendente constatar que, en la mayoría de los casos, las obras hidráulicas fue-

Al lado de los grandes centros de culto, existían otros de carácter privado: aras domésticas en las casas, círculos de piedras en el campo, estelas y monumentos varios, que eran otros tantos lugares de culto a los muertos, donde se ofrecían alimentos, se hacían libaciones y se quemaba incienso, lo cual demuestra que se creía en una vida después de la muerte. La vida cotidiana de los hombres estaba inmersa en lo religioso y lo divino.

LA SOCIEDAD SUDÁRABICA. Hablar de la sociedad sudarábica con los conocimientos que poseemos en la actualidad, no puede hacerse sino desde la provisionalidad. No desconocemos, con todo, que los estados sudarábicos supieron crear unas culturas agrícolas sedentarias sin abandonar sus estructuras tribales. La primera célula social era el *bayt* (literalmente "casa"), "familia y aldea" al mismo tiempo; un conjunto de *bayt* constituía el grupo, la "tribu", el *sha'b*. Habitualmente el *sha'b*



Maqueta en miniatura de un templo. Hacia el siglo VIII a. C. Museo Militar de San'a)

ron construidas y mantenidas –excepto en el caso de las más grandes– por comunidades agrícolas de aldea, de valle o de montaña, asociadas a su nobleza tribal y luego militar, sin ayuda del Estado.

Los reinos sudarábigos no parecen haber estado muy centralizados, las dimensiones reducidas de sus centros urbanos abonan esta teoría. Su estructura política tenía en cuenta los intereses de las tribus y comunidades que formaban parte del reino y sus derechos eran comparables a los de aliados e iguales; por más que los beneficios de la administración de los reinos estuvieran en manos de plutocracias. Ni siquiera en el siglo I a. C., cuando se dan cambios considerables en la sociedad sudarábigo –y la propia titulación real no recoge el nombre de la tribu, sino la residencia de los príncipes himyaríes: *dhu Raydán*, “los del palacio Raydán”– la realeza parece haber alcanzado el grado de absolutismo que se dio en otros lugares de Oriente. El individuo adquiere mayor relieve y también la independencia de las tribus. En el siglo III se vuelve frecuente que tribus alejadas unas de otras, sin continuidad territorial entre ellas, sean gobernadas por el mismo señor. Señores que terminarán organizándose para contrarrestar el poder del Estado central. Estos jefes con sus tribus serán los actores principales de la crisis final de los siglos VI-VII, que barrerá la civilización sudarábigo, para dar paso en el Yemen a la sociedad árabo-islámica.

HISTORIA DE LOS REINOS HASTA EL SIGLO I a. C. En las formaciones políticas sudarábigos, ya se ha dicho, es por lo general una tribu principal (la tribu de los saba, por ejemplo) la que se vuelve epónima del reino y constituye, mediante la obediencia a un rey y el culto a un dios, el vínculo de unión de toda la comunidad. En realidad detrás de la fachada monárquica, el poder político está en manos de unas cuantas familias, que se controlan unas a otras gracias a un sis-



Estatua de Ma'dikarib. Marib, templo de Awán. Hacia el siglo VI a. C. Museo Nacional de San'a

tema de coregencia. A fin de enfrentarse a la gran mortalidad infantil y a la brevedad de la edad media de los adultos, según los datos aportados por Estrabón y que la epigrafía confirma: "En el trono el hijo no sucede al padre, recae en el primer nacido de un noble de la corte del rey. En cuanto un rey sube al trono se toma nota de todas las esposas de los nobles que estén encinta... y la primera en dar a luz, la ley hace que su hijo sea adoptado y criado en calidad de sucesor". Se trata, pues, de una oligarquía, de la que no sabemos hasta qué punto se puede identificar con la clase comerciante. Por otro lado, la clase sacerdotal recibía bajo forma de impuestos -peajes y administración de tierras- importantes recursos del país.

Entre los siglos VIII y I a.C., los reinos sudarábigos, cuyas capitales son otras tantas etapas de la ruta del incienso, intentan controlar el comercio caravanero de gomorresinas olorosas entre el Hadramawt productor y los países consumidores del norte de la Península de Arabia. Las campañas del rey sabeo Karib'il Watar o Karib'il el Grande (a principios del siglo VII) que se nombró *mukarrib*, "unificador, o federador", aliado de Qatabán y de Hadramawt, acabaron políticamente con el competitivo reino de Awsán y otras entidades menores, consiguiendo a la vez mano de obra esclava para sus realizaciones hidráulicas. Mientras, en Abisinia la influencia sabea se hace cada vez más fuerte, lo cual trae como corolario la adopción de la escritura, los dioses y las instituciones sudarábigas.

En sus expediciones, el *mukarrib* llega por el norte hasta la ciudad de Nayrán, frontera septentrional del Yemen histórico y nudo de comunicaciones del tráfico caravanero en la ruta del incienso. Colonias de comerciantes sabeos se instalan a lo largo de la ruta, toda vez que son los principales beneficiarios de ese tráfico. Al final del reinado de Karib'il Watar, la preponderancia de Saba' es manifiesta en el sur de Arabia. Se extiende de Nayrán al norte, hasta Aden en el suroeste. La dominación sabea sobre el Yemen no volverá a tener una exten-

sión semejante hasta 1.100 años más tarde, en los siglos IV y V de la era cristiana; con los reyes hinyaríes, que se titulan reyes de Saba' y tienen el sabeo como lengua en los escritos oficiales.

Casi dos siglos más tarde, la hegemonía es del reino de Qatabán (*Qatban* parece haber sido el nombre genuino de la tribu y del reino). En la época de su apogeo sus reyes se titulan *mukarrib*, su territorio se extiende hasta el mar y su arte y sus inscripciones supera a las de los otros reinos. Plinio afirma que el cinamomo era monopolio de los señores de Tamna', capital de Qatabán, y que imponían una tasa sobre la mirra recogida en Arabia y en África Oriental. Tamna' se convierte entonces en un centro de comercio internacional de primer orden, puesto que los mineos, que llegarían casi a monopolizar el tráfico de incienso y de gomorresinas, tenían una colonia de residentes en la ciudad, emplazada bajo la

autoridad de un funcionario, llamado el "Kabir de los mincos de Tamna", una especie de cónsul ante las autoridades de Qatabán.

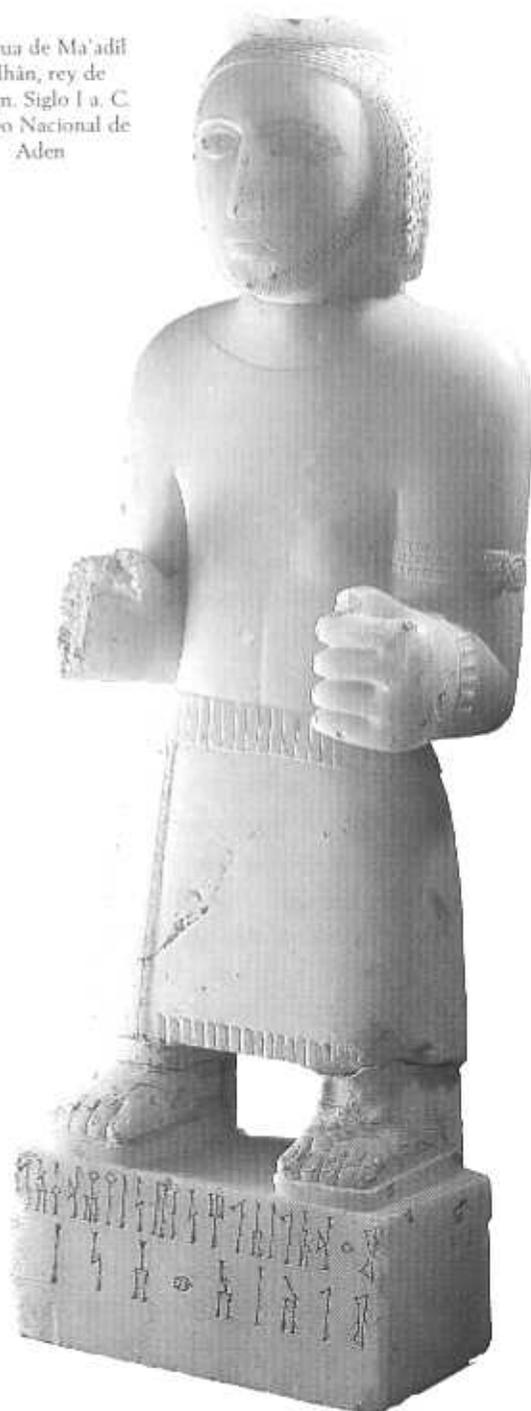
Es difícil caracterizar a Qatabán desde el punto de vista político-social. Como en otros reinos el nombre de una tribu -madre da su nombre al reino, bajo la autoridad de un rey y el culto a unos dioses, trenzándose así el lazo que une a todos los miembros de la comunidad. Como sucede en Ma'in, las decisiones son tomadas por el rey, asistido por un consejo compuesto por los ancianos de las tribus. Hay indicios que hacen pensar que el reino qatabanita era más laico que los otros. Así, por ejemplo, en la inscripción que fija las reglas para el buen funcionamiento del mercado de Tamna, ninguna divinidad es invocada. A partir del siglo I a.C., el reino declina hasta finalmente desaparecer, anexionado al reino de Hadramawt, cuatrocientos años antes del advenimiento del islam.

Fue durante el dominio de Qatabán, en efecto, cuando el pequeño reino de Ma'in se especializó en el comercio de incienso y gomas olorosas de Arabia meridional, llevándolas a los grandes mercados del Próximo Oriente, reemplazando a los sabeos, que controlaban hasta entonces el comercio transarábigo, aunque parte de ese comercio se siguiera haciendo por cuenta de éstos. Es a partir de la segunda mitad del siglo VI a.C., después de que Ciro y Cambises conquistaran el Medio Oriente, Egipto incluido, cuando los mineos, en parte sedentarios y en parte nómadas, se dedicaron exclusivamente a la agricultura y al comercio, despreciado cada vez más por las aristocracias guerreras de las grandes tribus como Saba', Qatabán y Hadramawt. Los mineos no tuvieron jamás *mukarríb* ni nunca acuñaron moneda, símbolo por excelencia de soberanía, como los otros tres reinos. Señal de que ni ellos mismos se consideraban iguales a las mayores entidades políticas sudarábigas.

Los textos en lengua minea son todos de la época de los toleomeos; después, no se encuentra traza de ese pueblo apenas. Parece evidente que su monopolio comercial se mantuvo hasta el siglo II a.C. Una vez que el tráfico se hizo sobre todo por mar, los mineos cayeron en la oscuridad. Sólo los nabateos de Petra, y algún otro pueblo de Arabia del norte, continuaron con el tráfico de mercancías en menor escala por la costa occidental de la península de Arabia. Ma'in desapareció, sumergido por la invasión de árabes beduinos de la tribu Amir hacia el año 110 a. C.

LA MONEDA. El origen de la moneda sudarábiga, acuñada in situ, se remonta a principios del siglo IV a.C. Tipológicamente, es imitación de la moneda ateniense "viejo estilo", lo cual tiene su sentido, habida cuenta las relaciones comerciales entre el mundo mediterráneo y Arabia del Sur. Por entonces, además del trueque, siempre en uso, las piezas ate-

Estatua de Ma'adif
Salhán, rey de
Awsán. Siglo I a. C.
Museo Nacional de
Aden



nienses de plata circulaban como moneda internacional. El primer Estado que acuñó moneda fue el de Qatabán, guardando el peso y la morfología de la moneda ática. Las más antiguas piezas (s. IV a. C.) son pura imitación: por el anverso presentan la cabeza de Atenea, y por el reverso figuran la lechuza, un creciente de luna y un ramo de olivo. En las piezas más modernas, ligeramente abombadas, figuran: una cabeza masculina (retrato del rey por el anverso y el reverso); el nombre del rey, el nombre de *Harib* (el palacio real de la dinastía) en relieve, diversos monogramas y un símbolo. No se acuñaron monedas de bronce.

La moneda de Saba' tiene influencias áticas y romanas. Primeramente se imitan las piezas atenienses del "viejo estilo" (segunda mitad del siglo IV a. C.) y, posteriormente, del "nuevo". Por el anverso aparece la cabeza con diadema de un rey o dios, y por el reverso una lechuza sobre un ánfora, acompañada de un monograma sudarábigo con inscripciones en arameo y lihyanita (la escritura en estas lenguas habría sido utilizada para facilitar el comercio con las poblaciones correspondientes), así como del doble emblema de los *mukarrib* de Saba' y del dios *Almaqah*. Las últimas emisiones son de tipo romano. Se supone que estas monedas de plata fueron acuñadas tras la campaña militar de Aelius Gallus, en 26-25 a. C.

En Hadramawt la moneda aparece hacia el año 350 a. C. y es imitación de la ateniense "viejo estilo", pero pronto en el reverso se acuña el nombre de *Shaqir*, nombre del palacio de la dinastía. Se constata la existencia de piezas de plata y bronce. Hacia el primer siglo de la era cristiana se impone el modelo romano, la cabeza de Atenea es reemplazada por una cabeza aureolada de rayos, quizá el *deus solis*, imitación del *solidus* romano, o tal vez sea una divinidad solar, por el reverso aparece un caduceo con el nombre de *Shaqir* y un monograma complejo. Posteriormente se dan otros tipos de figuras y monedas, las más populares son piezas cuadradas de bronce con cabezas de toro y otras con el toro de pie y el nombre de *Sayin*, dios supremo de Hadramawt.

Los reyes himyaríes, otrora bajo dominio de Qatabán, imitaron a fines del siglo II las monedas del antiguo reino, con símbolos y monogramas diferentes. Pronto se da una moneda de dos cabezas, una por el anverso y otra por el reverso, con el nombre *Raydán*, el palacio de la dinastía. Las piezas de valor fraccionario, con un monograma en el anverso y el nombre del rey en el reverso. La característica general de la moneda de este periodo es su gran abombamiento. Los himyaríes de los siglos IV y V parece que no tuvieron moneda propia. Seguramente utilizaron la moneda sabea tardía para uso interior, mientras que las piezas de oro provenientes de Aksum en Abisinia sirvieron para las transacciones del comercio internacional.

Todos los reinos sudarábigos, salvo Ma'in, acuñaron en algún momento moneda, en general de plata y bronce, raramente de oro. Pero como constata A. Sedov, su calidad es mediocre si se excluyen las primeras imitaciones de las piezas atenienses. Esta claro que la moneda desempeñó un papel marginal en el contexto de Arabia del Sur, ya que los intercambios por lo común se hacían al trueque. Los soberanos se servían de ella ante todo para afirmar su prestigio.

LA RUTA DEL INCIENSO. Según el *Libro de los Reyes I* (10.1-10) la reina de Saba' llegó a Jerusalén (h. 950 a. C.) "Con muy numeroso séquito y con camellos cargados de aromas, de oro en gran cantidad y de piedras preciosas... No se vieron después tantos aromas como los que la reina de Saba dio al rey Salomón". Aunque esta cita entre en el dominio de la leyenda, nos hace pensar que el comercio de productos aromáticos se remonta a tiempos muy antiguos. Sea lo que fuere, parece que el gran tráfico de la llamada "Ruta del Incienso" no se dio antes del siglo VIII. Siguiendo las investigaciones de N. Groom, sabemos que los israelitas no empleaban el incienso para el ritual antes del siglo VII. Heródoto hacia 450 a. C. indica que Arabia "es el único lugar que produce incienso, mirra, canela, cinamomo y una goma llamada ládano", añadiendo que los árabes pagaban al Gran Rey de Persia un tributo de casi 25 toneladas de incienso.

Hacia el año 300 a. C., el botánico Theophrasto describe los árboles que producen gomas olorosas, así como los lugares en donde crecen: Saba', Hadramawt, Qatabán y Ma'in. Pero es el romano Plinio (29-79) quien, compilando fuentes más antiguas, nos informa que fueron los mineos los que inauguraron el comercio de gomas aromáticas, llevándolas al área mediterránea y a la del Medio Oriente. Pero esta noticia era de pasados tiempos; en efecto, el reino de Ma'in había ya desaparecido, y fueron los sabeos y no los mineos los que inauguraron ese comercio.

A tenor de estas noticias, parece seguro que por la ruta del incienso no sólo se traficaba con productos sudarábigos: ni la canela, ni el cinamomo procedían del sur de Arabia, sino del Extremo Oriente, y las piedras preciosas en esa época provenían de la India (ágatas y esmeraldas), de Afganistán (lapislázuli) y de Etiopía (ámbar y granates), incluso la mayor



Monedas imitando el "estilo antiguo". Siglos IV-III a. C.
Museo Nacional de San'a

parte del oro provenía de la *Arabia Deserta*, de las minas de Mahd adh- Dhahab, "la cuna del oro", de las montañas próximas a La Meca. Ni siquiera el incienso de mejor calidad venía de tierras de los reinos sudarábigos: los árboles que producían el incienso "de plata" crecían en las montañas de Zofar, en Omán (entonces en poder de Hadramawt). Pero como eran mercaderes sudarábigos los que traficaban con esos productos, se los atribuyeron a su tierra, de ahí que fuera llamada Arabia Feliz por los romanos. El monopolio de la extracción y exportación de resinas aromáticas por los estados sudarábigos les permitió fijar los precios y aumentarlos con el alza de la demanda.

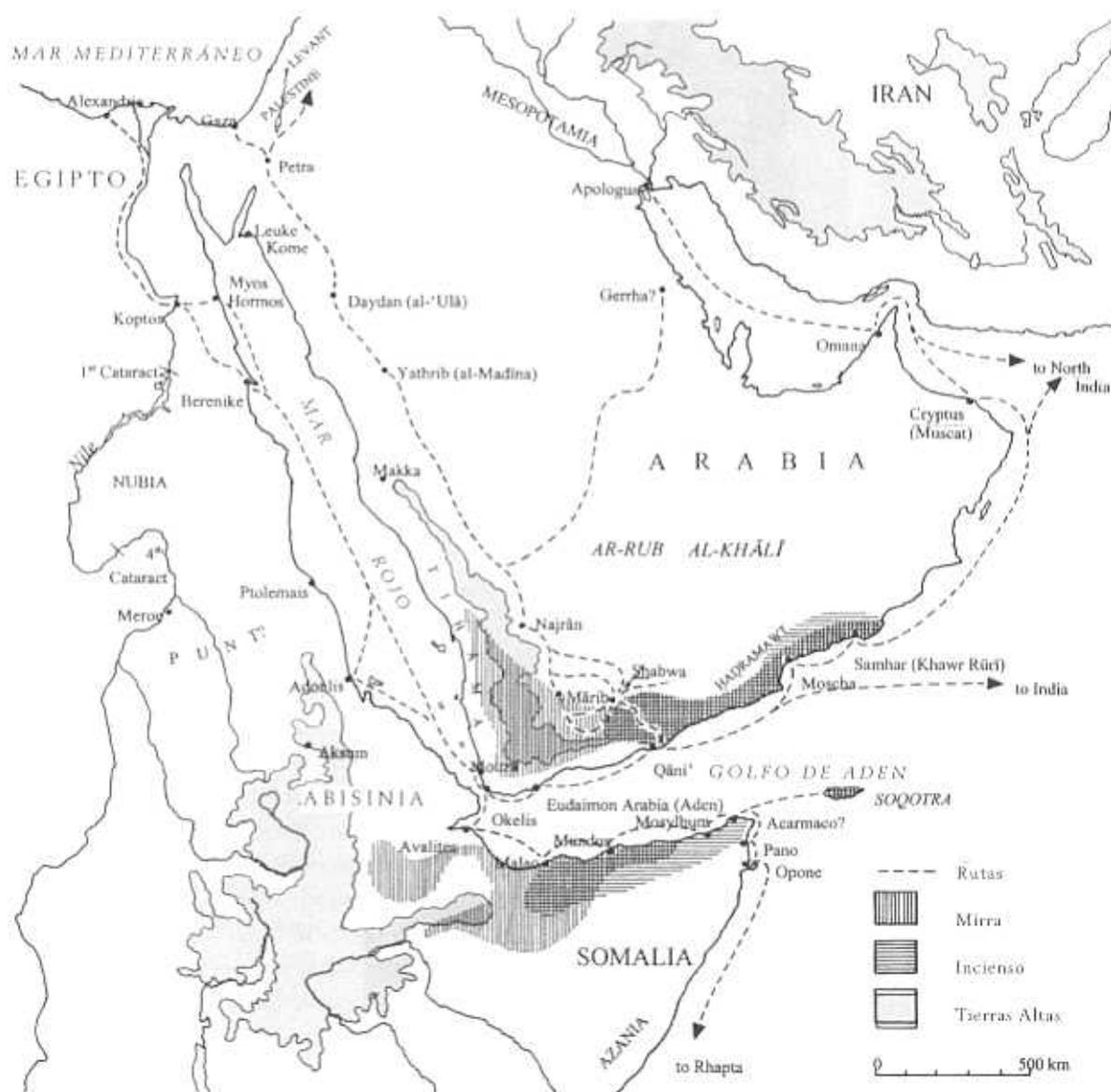
Lo que revolucionó el comercio a través del desierto fue un logro tecnológico excepcional: la silla con arzón adaptada al camello, ya que ésta trasladaba el peso de la carga desde la joroba a los flancos, permitiendo al animal transportar entre cinco y siete veces más peso que un asno, mantener una velocidad constante de once o doce kilómetros por hora y, dependiendo del pasto, avanzar durante días e incluso semanas sin beber. Gracias a las caravanas de camellos, durante siglos, desde Babilonia a Roma, pudieron elevarse nubes de incienso desde los templos hacia el cielo para servir de "alimento a los dioses". (Los Reyes Magos traen al Niño-Dios como ofrendas: incienso, mirra y oro, *dhahab*, palabra ésta que designa en sudarábigo, como en las demás lenguas semíticas, ese metal, pero también una particular clase de incienso de gran calidad. Esta hipótesis emitida hace tiempo resulta plausible, dado que así una tercera goma aromática venía a añadirse a los otros dos géneros olorosos, tan propios y apreciados para venerar y halagar a los dioses). El mundo antiguo consumía una cantidad enorme de productos aromáticos que se consideraban de primera necesidad. Además de ser quemados en las ceremonias sacras, se utilizaban para hacer drogas y medicamentos, buenos para cicatrizar las heridas o "aliviar úlceras malignas" –el humo del incienso se creía que purificaba el agua–. También servían para fabricar cosméticos y perfumes. Asimismo, se empleaban grandes cantidades de resinas aromáticas para embalsamar, y en las piras funerarias de los poderosos se quemaban montones de incienso. Plinio nos cuenta que la totalidad del incienso llegado de Arabia a Roma durante un año, "sirvió para llevar junto a los dioses a Popaea Sabina, esposa de Nerón" (se ha calculado que se quemaron entre 1500 y 2000 kilos; teniendo en cuenta que la libra de incienso se cotizaba a 6 denarios, el salario de medio mes de la mayoría de los romanos, puede deducirse el coste).

Entre los principales productos aromáticos, el primer lugar lo ocupaba el incienso (*Boswellia sacra*) de mayores virtudes, una resina que se obtiene haciendo una incisión en la corteza del árbol, la sustancia se solidifica expuesta al aire, y, tras cristalizar, se arranca. El producto en sí mismo tenía poco valor, pero en el área mediterránea era tan caro como el oro. Según Plinio, en un viaje de 2.400 km. que duraba de dos a tres meses, el producto estaba sujeto a impuesto en sesenta y cinco puntos, lo cual hacía que se encareciera grandemente. (En un estudio comparativo entre el coste de la vida en la década de 1990 y el de dos mil años atrás, el arqueólogo Gus Van Beek calculó que el precio final de venta de la mejor clase de incienso equivalía a cerca de 2500 dólares el kilo). Había otras clases de incienso de inferior calidad (*B. carteri* y *B. frereana*) en Somalia norte y oriental, e incluso inferior aún (*B. papyrifera*) en Sudán y Etiopía.

La mirra (*Commiphora myrrha*) –propia de Hadramawt, Zofar y Somalia– era más cara que el incienso, pues la libra se cotizaba en Roma hasta 50 denarios. Esta gomoresina oscura y aceitosa se empleaba sobre todo como medicina y perfume, así como producto para embalsamar en Egipto. Algunas veces se le añadía al vino. Se utilizaba asimismo para fijar otros perfumes.

El ládano (*Cistus incanus*), oleoresina obtenida de la exudación de una especie de jara, se usaba como ingrediente en la fabricación de perfume. En Roma se cotizaba a 4 denarios la libra.

El cálamo aromático era probablemente la llamada hierba limonera (*Cymbopogon citratus*).



Rutas del incienso en Oriente (Dibujo de A. Searight)

La castia (*Casia augustifolia*), de cuyas hojas y flores olorosas se obtenía un producto pulverizado, parece que servía sobre todo para contener las hemorragias. La mejor se traía de la India para la elaboración de esencias.

El cáncamo (*Pistacia lentiscus*), goma olorosa de un arbusto del sur de Arabia y Somalia, era apreciada para hacer perfumes.

El costo (*Costus arabicus*) es una hierba vivaz, muy utilizada en perfumería desde época griega.

Se traficaba también con diversas resinas de aloe que se obtenía de las hojas de diversas liliáceas, siendo el aloe de la isla de Socotra el mejor (*Aloe vera* y *Aloe perryi*). Como medicamento servía para tratamientos de la piel en general.

El opopónaco (*Commiphora erythraea*), una gomoresina rojiza y de olor muy fuerte que se obtenía de un árbol que crecía en Arabia, y más aún en Somalia y Eritrea, se empleaba en medicina y como incienso, así como para la elaboración de perfumes de alto precio.

El bálsamo se obtenía a partir del "árbol de La Meca" (*Commiphora gileadensis*) sangrándolo mediante una incisión, hasta que en contacto con el aire se convertía en resina. Se empleaba para la fabricación de perfumes y como medicina, para heridas y contusiones.

Igual que el aceite de miróbálano (*Balanites aegyptica*), extraído de sus frutos molidos; o el del pandanáceo (*Pandanus odoratissimus*), sacado de las flores de esa planta, que podía proceder de Malasia. Aunque algunos de estos productos procedían del Extremo Oriente, tal como, quizá, el cinamomo (*Cinnamomum verum*), árbol de madera aromática que hoy sólo se encuentra en esas regiones – o la pimienta proveniente de la India, y la canela (*Cinnamomum zeylanicum*) que procede de Indonesia–, los sabeos y mineos hicieron creer a los romanos que el Yemen era el país de origen de estas especias. Y lo mismo sucedía con la seda de alta calidad de procedencia china, la hacían pasar por uno de sus productos.

En realidad, durante siglos, siguiendo el régimen de los vientos monzónicos, géneros indicos y orientales llegaron a puertos sudarábigos y sus mercaderes, sirviendo de intermediarios, sacaron de ello gran plusvalía. Porque no solo importaban y exportaban materias primas, los perfumistas de Aden eran reputados por la elaboración de esencias. Con ese objeto importaban el estoraque (*Styra officinalis*) de Siria y Asia Menor, así como otros muchos aromas de lejanas tierras. Mercaderes indicos expedían materias primas a Aden, a fin de que fueran transformadas en perfumes para después reimportarlos a la India.

Los que comenzaron con este comercio a gran escala fueron los sabeos seguidos de los mineos. Éstos recogían el incienso y la mirra en el Hadramawt, principalmente en Zofar (actual Omán). La producción de Somalia entraba por el puerto de Qani'. En el templo de Shabwat, capital del reino hadramita, era donde, una vez acopiado el producto, se le gravaba con un impuesto. Desde ese punto las caravanas se dirigían por una pista que pasaba por el borde del desierto y, evitando al macizo montañoso, corría paralela a los montes por desfiladeros y pasos hasta Ma'rib, capital de Saba', y luego a Ma'in (cuando el reino de Qatabán adquirió preponderancia, la ruta del incienso pasaba por Tamna', su capital). Desde allí la ruta llevaba a Nayrán, Didán –donde los mineos tenían una colonia– y a Petra, Gaza y Tiro, en el mar Mediterráneo. Una parte de la mercancía llegaba a Palmira. Mercaderes venidos de Gerrha en el área del golfo Pérsico, llevaban estos productos aromáticos hasta el Imperio persa.

Desde los primeros tolemeos en el siglo III a.C., existió relación entre el mundo mediterráneo, los países del mar Rojo, y el océano Índico, mediante un comercio de cabotaje a lo largo de las costas. Con el paso del tiempo se dieron grandes cambios en este comercio. El descubrimiento del régimen de los monzones, atribuido al griego Hypallos, llevó al establecimiento de un comercio regular entre la India y el mundo romano. Pronto se instalaron factorías y puntos de aprovisionamiento de víveres en la costa sur de la península de Arabia (Muza, Okelis, Qani', Moshá Limen) para proveer a los barcos. El incienso, la mirra, el aloe y otros productos aromáticos, transportados en caravana, por la ruta del incienso desde Yemen, comenzaron a ser transportados por vía marítima en grandes cantidades, desde el puerto de Qani' especialmente, a más bajo precio y con mayor seguridad, habida cuenta la situación política de guerras permanentes entre los reinos sudarábigos. También, por supuesto, se comerciaba con especias de la India.

A partir del siglo I de la era cristiana (tras la expedición romana de Aelius Gallus, procónsul de Egipto, ordenada por Augusto en el año 26 a. C., que alcanzó las puertas de Ma'rib, capital de Saba'), el comercio se hizo por mar. Naves romanas con tripulaciones griegas recalaban en los puertos sudarábigos, desde donde transportaban los aromas sudarábigos y las especias de la India con menos peligro y menos coste hasta el puerto de Berenice en Egipto, y desde allí por tierra hasta la ciudad de Koptos, y por el Nilo en barco hasta Alejandría. El manual de comercio del siglo I para el mar Rojo y el océano Índico, conocido como *Periplo del mar Eritreo*, nos informa de los artículos que las sociedades sudarábigas importaban. Éstos eran principalmente textiles y vestidos, oro, estaño y cobre, coral, perlas, estoraque, trigo, arroz, vino, aceite de sésamo y esclavos; mercancías de lujo como caballos, estatuas y objetos de plata para la corte.

La ruta terrestre, a causa de este comercio marítimo y las guerras entre los reinos sudarábigos, declinó sin remedio, antes de que la expansión del cristianismo le diera el golpe de gracia.

La idea de que los muertos debían ser enterrados y no quemados, se imponía por la promesa de resurrección física del cuerpo. Cuando las elites romanas adoptaron el cristianismo imponiéndolo como religión oficial, "la cremación dio paso al entierro y la demanda de incienso cayó en picado". Sólo en el siglo VI, la Iglesia romana admitió el incienso en el ritual, pero en cantidad ínfima comparada con la que gastaban en siglos precedentes los paganos, que como dijo san Agustín: "tenían unos vicios espléndidos", entre los que se hallaban el uso en profusión de toda clase de perfumes.

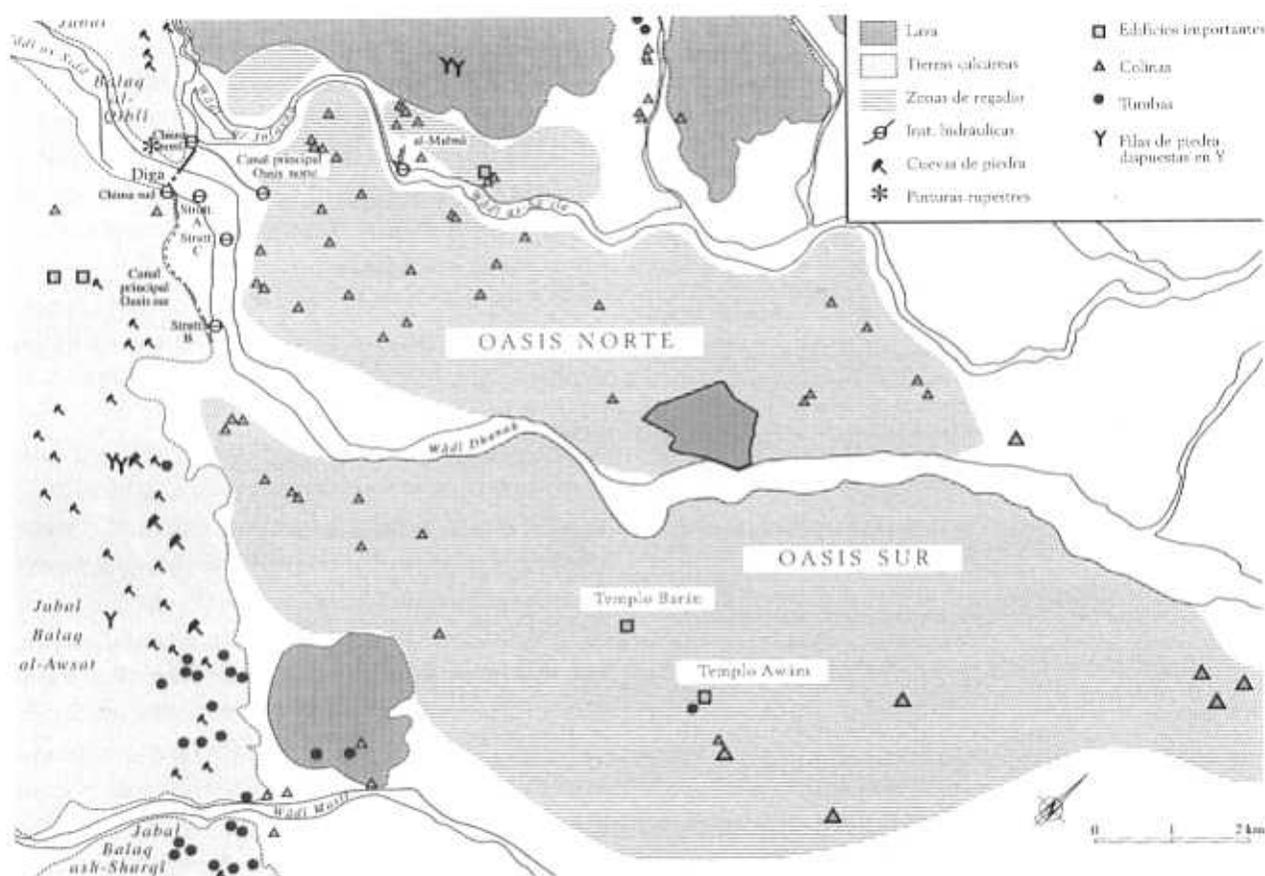


Vista de Marib. (Fotografía de A. Porter/AFSM)

LA AGRICULTURA Y LA IRRIGACIÓN. Aunque el comercio de aromas fuera una fuente de ingresos muy importante, el principal recurso de los reinos sudarábigos era la agricultura. Hasta el V milenio el clima de Arabia parece que fue netamente húmedo; sin embargo, en el IV se dio el comienzo de una fase seca; las corrientes de agua fueron menos abundantes y la vegetación se hizo espaciada, disminuyendo los recursos alimentarios de hombres y animales. Por tanto, si se querían mantener las mismas condiciones de vida, en adelante hubo que procurarse el alimento mediante la agricultura.

Las tierras altas del Yemen y los valles, en los confines del desierto, se vieron favorecidos por el agua de lluvias copiosas dos veces por año, traídas por los vientos monzónicos. (Los mismos vientos que permitieron a los barcos de vela sudarábigos —y después greco-romanos— llegar a la India y desarrollar el comercio internacional). Uno de los métodos para retener el agua de la lluvia y aplicarla al regadío fue la construcción en la falda de las montañas de campos en terrazas, creadas artificialmente con tierra acarreada de los valles, sujeta por paredes bajas de piedra escalonadas. La propia humedad de la escorrentía del agua de lluvia bastaba para el cereal, y la excavación de cisternas posibilitaba cultivos de huerta. Estos campos constituyen todavía hoy un rasgo característico del paisaje del Yemen.

Otro método para retener el agua sobre extensiones más vastas y planas fue el regadío mediante presas, a fin de, por un lado, proveer de agua a los campos cuando se hiciera necesario, y por otro, ampliar las tierras cultivables, normalmente situadas por encima del nivel de estiaje. La más célebre de todas estas obras de ingeniería, símbolo del poder —y también de decadencia— de los reinos sudarábigos, fue la presa de Ma'rib, que sirvió, desde antes del I milenio a.C. al siglo IV de nuestra era, para alimentar el oasis al pie de la montaña donde se hallaba Ma'rib, la capital del antiguo reino de Saba'. El objetivo de esta presa, de 680 metros de longitud a través del *wadi* (cauce de río estacional) Dhana, no era retener el agua, sino, por elevación del dique, llevarla al nivel de los campos para regar todo el oasis. La crecida del río, que posee el más vasto impluvio de todos los valles del Yemen —llegando a ser las avenidas repentinas que se precipitaban por el *wadi* de 1.700 m³ por segundo, es decir 2.000 toneladas o más, de agua y materiales de aluvión por segundo—, se desviaba por dos compuertas, situadas a los extremos de la presa, una al norte y otra al sur, para conducir esa agua salvaje a



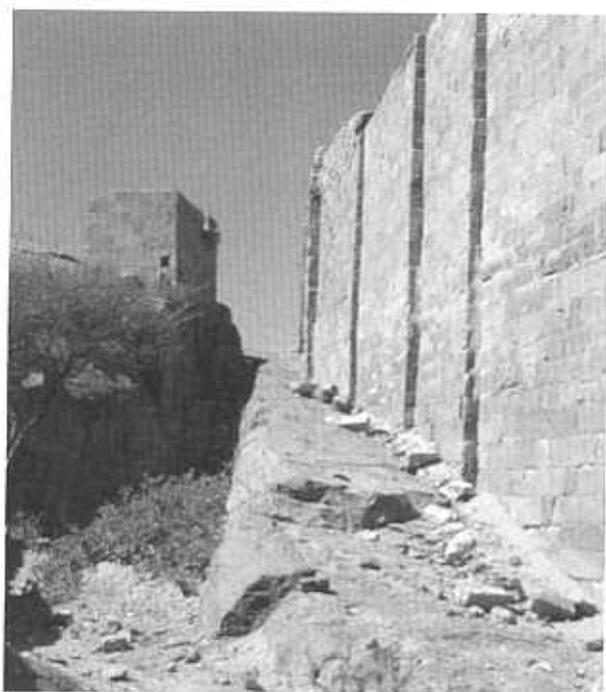
Plano esquemático del antiguo oasis de Marib (H. David)

unos estanques, donde se amansaba la furia de la corriente, y desde los cuales arrancaban dos anchos canales. Éstos, que a su vez se subdividían en acequias, distribuían el agua por todo el oasis, adentrándose más de treinta kilómetros en el desierto de Ramlat Sab'atayn.

El oasis tenía dos partes, "dos jardines", como dice el Corán, uno a cada lado del *wadi* Dhana. El del norte cubría 4.300 ha. y el del sur 5.300. Así pues, en los años buenos, aquellos en los que se podía contar con una crecida de abril y otra en julio-agosto, 9.600 hectáreas eran irrigadas merced a la presa. El regadío se efectuaba sumergiendo los campos bajo una capa de agua de unos 50 cm. El agua se filtraba lentamente en el suelo, donde se depositaban partículas de limo, creciendo cosecha tras cosecha, que el sol y la humedad constante forzaban. Las plantas arbóreas, como las palmeras datileras, se regaban en el periodo seco, gracias a numerosos pozos. Podían darse dobles cultivos como el cereal bajo las palmeras. El oasis podía alimentar sin dificultad de 30.000 a 50.000 personas (la cantidad máxima de habitantes que se ha calculado en su mejor época). En suma, antes de los tiempos de la Reina de Saba', Ma'rib era una ciudad importante que poseía una base agrícola segura y abundante.

La sedimentación anual de limo sobre los campos se ha calculado en un centímetro, ello daba lugar a la elevación continua del suelo del oasis y a sobrealzar el muro de la presa y las compuertas. La irrigación, basada en la fuerza de gravedad, se volvió cada vez más difícil y costosa. Con la decadencia del poder central los trabajos de mantenimiento de la presa y de los canales se descuidaron, y las intensas lluvias del otoño de 340 d. C. provocaron una brecha en la presa. Arreglarla requirió la fuerza de trabajo de treinta mil obreros. Hubo otras roturas, pero durante la última, acaecida en 570, la gran presa reventó de forma irreparable, cuando ya hacía años el sur del oasis había sido abandonado, y el regadío se limitaba a los alrededores de Ma'rib y a las partes altas del oasis del norte.

La historia de la lenta decadencia del regadío y de la presa se terminó en la imaginación popular, por una catástrofe universal, que habría destruido toda la civilización sudarábica y obligado al grueso de los herederos de esta civilización a trasladarse al norte de Arabia y más allá. En la memoria histórica, en la poesía y en la literatura edificante de los ára-



Esclusa del gran dique en la presa de Marib
(Fotografía U. Brunner)

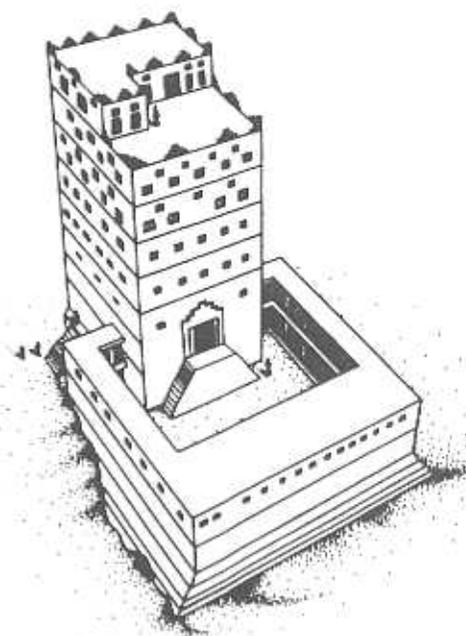
de la falta de mantenimientos para la tropa y por las enfermedades contraídas por los hombres. La expedición, con todo, no fue un completo fracaso, puesto que en adelante se tuvo un mejor conocimiento de las realidades del país y de sus recursos, identificándose entonces las auténticas regiones productoras de incienso. Enseguida los romanos controlarían por mar el comercio internacional entre el sur de Arabia y la India. Esto trajo como consecuencia que todos los Estados intermediarios entre Hadramawt y el Mediterráneo periclitaran. La ruta comercial terrestre, difícil, cara y llena de riesgos dejó de utilizarse. Sólo el Hadramawt, que poseía las regiones productoras de incienso y mirra, siguió pujante, ya que continuó comercializando sus productos por vía marítima desde el puerto de Qani' sin sufrir pérdida alguna por el cambio sobrevenido. Convertido en el reino más potente del sur de Arabia –tanto que al desaparecer Qatabán entre 160 y 200 se anexionó la mayor parte de su territorio–, dos de sus reyes se titularon *mukarrib*. Hadramawt llega a ser así la principal potencia de Arabia meridional durante dos siglos, hasta aproximadamente el año 220, cuando una revuelta interior dio al traste con la supremacía hadramita.

Mientras en el Yemen occidental el reino de Saba', unas veces guerreando y otras aliándose con Himyar, termina uniéndose a las tribus himyaríes, otrora bajo el dominio de Qatabán, para fundar una dinastía doble, cuyo soberano lleva el título de "rey de Saba' y *dhu* (poseedor de) Raydán", haciendo de Zafar su capital. Aprovechándose de la coyuntura y de las adversidades acaecidas en Hadramawt, sabeos y himyaríes atacaron el reino, y, tras tomar la capital Shabwat, destruir el palacio real de Shaqir y saquear el puerto de Qani' –donde cua-

bes, la presa de Ma'rib mucho antes del Islam, fue considerada como el símbolo del poder de la antigua cultura del Yemen y de toda Arabia –cultura capaz de convertir el desierto en jardín–, y también como el símbolo y el recuerdo de su decrepitud y ruina.

El Corán (34.15-16) recuerda: "Los saba tenían un signo en su territorio: dos jardines... Pero se desviaron y enviamos contra ellos la inundación de los diques. Y les cambiamos aquellos dos jardines por otros dos que producían frutos amargos, tamariscos y unos pocos azufaios".

LA UNIFICACIÓN DE LAS TIERRAS SUDARÁBIGAS. La invasión del sur de Arabia entre los años 26-25 a. C., llevada a cabo por el procónsul romano de Egipto, Aelius Gallus, por orden del emperador Augusto, –quien le daría dos legiones reforzadas por árabes nabateos, unos 10.000 hombres en total–, llegó hasta el propio corazón del Yemen, hasta Ma'rib, la capital de Saba'. Pose a esta fuerza, sin embargo, y el sitio sufrido durante seis días, la ciudad no pudo ser tomada. Estrabón cuenta, en efecto, que los romanos debieron retirarse, sobre todo a causa



Reconstrucción hipotética del palacio de Shabwa (N. Clapp)

renta y siete embarcaciones fueron hundidas o destruidas-, acabaron con la preponderancia del reino, hasta hacerlo desaparecer en los decenios siguientes. Por su lado, árabes nómadas Kinda, posiblemente aliados de Himyar, ocupan con carácter permanente la parte occidental del *wadī* Hadramawt.

Hoy sabemos, que ya desde el siglo I de nuestra era, el occidente yemení conoció una serie de cambios de gran calado, dando lugar a un nuevo tipo de organización política. Se da la yuxtaposición de dos reinos: Himyar y Saba' -no una anexión- bajo la misma corona llevada por el rey de Himyar. Saba' sigue conservando sus instituciones políticas y su religión. Se da un auténtico renacimiento sabeo durante los siglos II y III de la era cristiana, aunque sea muy distinto a lo anterior. No es la Saba' caravanera la que renace, sino la Saba' de las tierras altas: San'a adquiere el estatuto de capital del actual Yemen donde se edificó el célebre palacio de Gumdán, cuya magnificencia canta al-Hamdani (siglos IX-X) en su enciclopedia *al-Ikdil*, "la corona", diciendo:

"Contempla el gran Gumdán alto y arrogante. / Derrama bálsamo en el corazón dolorido. / Veinte pisos, míralo como asciende / hacia arriba, hasta la parte más alta del cielo. / Un turbante de nubes envuelve su cima. / Su manto está hecho de mármol. / Un cinturón de alabastro lo ciñe con hebilla / y piedras de ónice son su brocado / ¿Ves su tejado hecho de cobre? / Águilas desplegadas las alas en diagonales esquinas. / Aun así en las dos restantes, / leones rugientes flanquean el palacio. / Una clepsidra mide el día y la noche. / Bandadas de pájaros en su tejado se posan / y miran el mundo con gran delicia. / Un chorro de agua a su alrededor corre, / apaga la sed y alivia el calor".

Resurge el antiguo reino de Awsán, 700 años después de su destrucción a manos de Karib'il Watar; surgen diversos principados, más o menos independientes, con autonomía política y religiosa, pero estrechamente aliados de los himyaríes. El poder ha cambiado de naturaleza: las entidades políticas se definen ahora por la fidelidad personal a un señor, no por la creencia en los mismos dioses y la participación en unos ritos colectivos. Cada tribu conserva dioses ancestrales y antiguos cultos, pero también hay monoteístas. Asimismo se observa otra gran diferencia: si bien todos los antiguos reinos (Saba', Qatabán, Hadramawt, Ma'in) escribían en su propia lengua, Himyar lo hará en sabeo, por el prestigio del milenarismo reino de Saba'. No trata de imponer su lengua como hacían los antiguos reinos, pues necesita hacer gala de una mayor flexibilidad para construir una entidad política homogénea. Aún así ello no evitó la anexión final de Saba' y de otras entidades independientes en el siglo III.

Hacia el año 380 se da un paso más en la unificación de Arabia meridional, mediante la conversión al judaísmo de los propios reyes himyaríes y de las elites gobernantes. Esto, por un lado, se hacía preciso como señal inequívoca de independencia y autonomía, ante las presiones de una Abisinia y un Bizancio cristianos y de una Persia mazdeísta, y, por otro, porque los reyes himyaríes necesitaban una ideología común para gobernar un país vasto y heterogéneo, fracturado por las estructuras tribales de la sociedad sudarábica, y también por aquellas otras de los árabes nómadas, asentados en diversos lugares del territorio. Así, a principios del siglo IV, por primera vez en la Historia, Arabia del Sur es unificada y estos reyes, que se arrojan el título de "rey de Saba', dhu Raydan, Hadramawt y Yamnat". Ostentan en primer lugar en la titulación, la soberanía de Saba', todavía fuente de legitimidad por la antigüedad del reino y el papel desempeñado en la formación de la civilización sudarábica. Hacia fines del siglo V dos reyes himyaríes emprendieron sucesivas campañas hacia el norte, en territorio de Ma'add, una gran confederación de tribus árabes nómadas, llegando a dominar Arabia Central. Sin embargo, los reyes de Himyar no ejercieron allí directamente el poder. Impusieron sobre los nómadas a la tribu beduina de los Kinda, de origen yemení, cuyos jefes se atribuyeron el título de "reyes de Kinda".

ESBOZO SOBRE LA CULTURA Y EL ARTE SUDARÁBIGOS EN EL MARCO DEL CAMBIO. En el estado actual de nuestros conocimientos arqueológicos, la separación material y cultural no es siempre clara. Se pueden distinguir dos fases para caracterizarlas. Nos valdremos del criterio cronológico basándonos en un determinado momento histórico. Siguiendo la propuesta de B. Vogt y C. J. Robin, la primera fase, grosso modo, se extendería entre los años 1200 y 700 a. C., cuando las tierras yemeníes se ven unificadas bajo una misma cultura. Ésta trae consigo una nueva escritura, la elaboración de un panteón común de dioses -con variantes regionales en sus nombres-, unos tipos de cerámica y utensilios domésticos, así como un mobiliario sacrificial y funerario. Y lo que es más importante, la elaboración de un lenguaje sim-



Estatua de Yasduq'il
Far' Sharah' at, rey
de Awsán. Siglo I d.
C. Museo Nacional
de Aden

bólico e iconográfico comprendido y aceptado en toda la región. Este substrato cultural termina después del año 700 a. C., siendo entonces recubierto por estilos locales que coinciden más o menos con la aparición de diversos dominios territoriales: sabeos, qatabanies y hadramitas.

El estudio comparativo de los usos funerarios de sabeos y qatabanies arroja una curiosa diversidad dentro del cuadro cultural sudarábigo. Las tumbas, situadas no lejos de las murallas de las ciudades o alrededor de de santuarios aislados, son menos grandiosas que las del período paleolítico. Los cementerios de Ma'rib (Awwam) y de Hayar Kuhlan contienen sobre todo mausoleos. Los de Ma'rib tienen varios pisos, con paramentos de bloques calcáreos perfectamente dispuestos. Su exterior aparece ornado por máscaras idealizadas de los difuntos, con inscripciones. En Hayar Kuhlan, por el contrario, la fábrica de bloques está menos cuidadosamente dispuesta, pero su plan interior es más compartimentado y complejo. Ambos cementerios tienen en común un mobiliario funerario parecido: miniaturas de recipientes en cerámica y en piedra, pebeteros y mesas de ofrendas. La escultura se caracteriza por su frontalidad, por su pesadez y la casi ausencia de volumen, por su abstracción y estilización. Todo lo cual hace pensar que en esa época el grupo social –familia, clan, tribu– era considerado más importante que la exaltación del individuo (a excepción del jefe).

Los elementos característicos en la producción figurativa de la cultura sudarábigo se atienen a un canon estilístico preciso. S. Antonioni los sistematiza como sigue: la geometrización de volúmenes, la desproporción de los rostros con respecto a las masas corporales, las dimensiones reducidas de las estatuas, la predilección por relieves acentuados y el tratamiento somero del cuerpo determinan una fisonomía artística típica de esta área geográfica. Por supuesto existen diferencias iconográficas y marcas estilísticas locales, pero, sean de una región

u otra, siempre existe alguna afinidad. Los más bellos ejemplos son las cabezas de alabastro traslúcido y compacto que se prestaban de maravilla para una escultura que varía del blanco al pardo, pasando por el amarillo y el anaranjado, lo cual acentúa su belleza. (El autor del *Periplo del mar Eritreo*, menciona el alabastro como mercancía exportada desde el sur de Arabia). Cabezas masculinas y femeninas que, por lo general, se insertaban en un nicho practicado en la parte superior de las estelas. Las placas rectangulares ornadas con un rostro humano en relieve tenían la misma función.

En cuanto a las "estelas con ojos" que se acompañan de nariz y boca (a veces una inscripción en lugar de boca), en razón de su onomástica, se atribuyen a gentes de lengua árabe que las introdujeron en el sur de Arabia.

La segunda fase se extiende entre los siglos I a.C. y V d. C. Los emplazamientos arqueológicos de toda la Arabia del sur sufren destrucciones masivas desde el siglo I a. C. y después. La expedición de Aelius Gallus, que llega a sitiar la pro-



Relieve en bronce con escena de procesión.
Marib. Templo de Baran. Siglo V a. C. Museo
Nacional de San'a

piá ciudad de Ma'rib, y la irrupción de gentes nómadas con nombres árabes (confirmada por la multiplicación de estelas con ojos) aumenta considerablemente, así como la influencia helenística y romana en el arte y la arquitectura. Se impone una iconografía de tipo mediterráneo y corte clásico, llegada al país mediante importaciones. Aunque la realización de copias hechas por artistas itinerantes y las imitaciones locales dan pie a pensar que todos estos elementos foráneos se van integrando en el lenguaje simbólico de la Arabia meridional.

El individuo gana en importancia en tanto que miembro de la comunidad, como testimonia el contenido cada vez más personal de las inscripciones y dedicatorias, o el modo más íntimo de inhumaciones aisladas. El estatuto del individuo se expresa por medio de un mejor y más rico mobiliario funerario.

La religión conoce una evolución notable y la divinidad principal del panteón tiende a eclipsar a las demás. Los cambios sobrevienen en riada, ampliando el horizonte sudarábigo. Las naves romanas en dirección a la India y Ceilán acostan en los puertos del sur de Arabia, se intercambian las embajadas con Roma, Palmira, la India y con jeques árabes del desierto.

La percepción misma del tiempo se transforma. Las inscripciones del periodo sudarábigo antiguo revelan una concepción cíclica del tiempo, ciclos designados por el nombre de un magistrado epónimo que servían para fechar. En época helenística, con el progreso del conocimiento, comienza a imponerse una concepción lineal del tiempo. Los años se cuentan a partir de un acontecimiento dado, a menudo el momento de fundación real o mítica de un reino: Himyar inaugura su era a partir del año 110 a.C., y, con su dominio, el Yemen adquiere la apariencia de una verdadera nación: un poder central fuerte, una misma lengua oficial —el sabeo—, una misma escritura —el sudarábigo—, expresiones artísticas comunes y una religión judaizante entre las capas dirigentes. Resultado todo ello de mil cuatrocientos años de historia.

EL FIN DE LA CIVILIZACIÓN SUDARÁBIGA. En el siglo VI Arabia del Sur, por su situación geográfica, en la ruta marítima del gran comercio, se vuelve una apuesta importante en el juego estratégico de las dos potencias de la época:



Piedra dedicada a la diosa Shams. Siglo I d. C. Museo Nacional de San'a



Estatua. Marib, templo de Awán. Siglos VII-VI a. C. Museo Nacional de San'a

Bizancio y Persia. Las rivalidades políticas, sobre un trasfondo religioso en el que se oponen judaizantes y cristianos, degenera en violentas masacres, sobre todo cuando entre 521 y 523 el rey judío Yusuf As'ar (Dhu Nuwas, en la tradición árabe) atacó a cristianos abisinios asentados en el país, obligando bajo pena de muerte a convertirse al judaísmo a todos los cristianos, tanto extranjeros como sudarábigos, especialmente los de la ciudad de Nayrán, donde habían levantado una catedral. Los trastornos ocasionados por la matanza de cristianos dio a Bizancio un excelente pretexto para intervenir en el país, empujando a su aliado, el rey cristiano Kaleb Ella Asheba, negus de Abisinia, a la conquista del país. El negus reunió una flota y partió en campaña en 525 (según otra fuente hacia 529-530). Decapitó al rey judío Yusuf y arrojó su cuerpo al mar. El negus puso en el trono al cristiano yemení Sumuyafa' Asúa, fundó varias iglesias (en Zafar y Nayrán) y pidió al emperador bizantino un obispo y misioneros para cristianizar el país. Abisinia logró así dominar el país durante medio siglo y Bizancio aseguró su influencia sobre esas tierras.

Una vez que el negus se hubo vuelto a su país, un general abisinio, llamado Abraha, se hizo con el poder derrocando a Sumuyafa'; luego eligió por capital a Sana'a', una importante localidad situada al norte de Zafar, capital de los himyaritas. Abraha llegó a ser tan importante que recibió embajadas de Persia, de Bizancio, de los príncipes árabes lajmies y gasanies del norte de la península de Arabia y de otros jefes. Continuó con la cristianización del país, y construyó una magnífica catedral en San'a. El emperador bizantino Justiniano le envió mármoles, mosaicos y artesanos. Abraha reparó la presa de Ma'rib y atacó La Meca, (se cree que quería desviar la peregrinación de los árabes hacia Sana'a') en el llamado "año del elefante", pues parece que llevaba un elefante en su campaña de 552, pero una peste de viruela acabaría diezmando su ejército cerca de La Meca.



Estela funeraria de Ni (mat), Marib, necrópolis de Awán. Siglos II-I a. C. Museo de Marib



Busto de Atenea. Yabal al-Awd. Siglos III-II a. C. Museo de Ibb

Collar con colgante. Tamná, necrópolis de Hayd Ibn Aqil. Inicios del siglo I d. C. American Foundation for the Study of Men

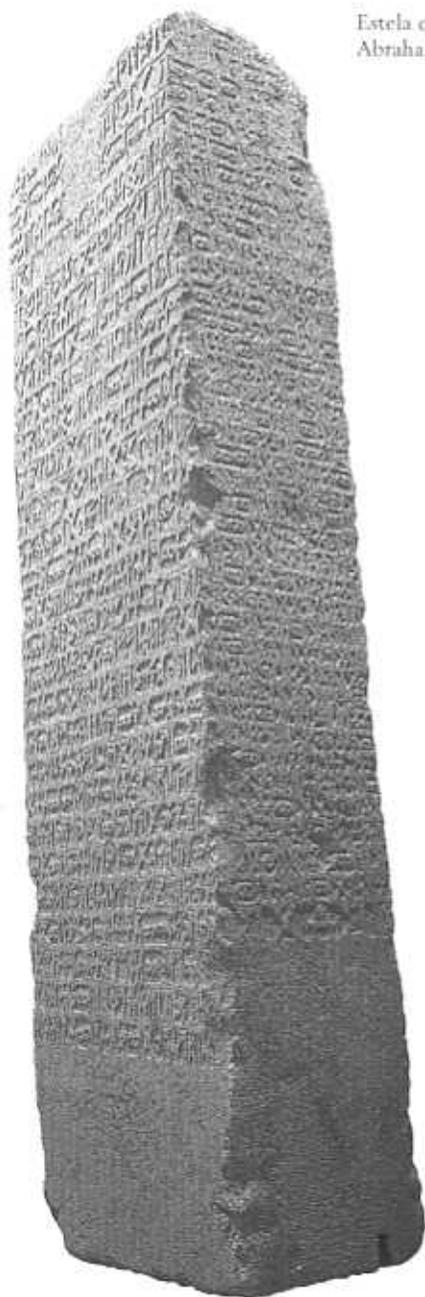


ron una flota e instalaron en el país su dominio. Yemen se convirtió en una provincia persa, su último gobernador se convirtió al islam. Su conversión ayudó considerablemente al proceso de islamización. El Profeta habría asegurado en un célebre *hadith* (dicho profético): *al-imanu yamanin, wa l-hikmatu yamaniyya*, "La fe es yemení y yemení es la sabiduría". (La sura 110 del Corán, se dice, habría sido revelada en Medina con motivo de la conversión del Yemen).

En la extinción de la civilización sudarábica concurren numerosas causas. El fin del periodo, efectivamente, está salpicado por un conjunto de desastres: la rotura definitiva de la presa de Ma'rib simboliza la irreparable decadencia de la antigua civilización.

Las actividades comerciales, muy reducidas, son ya únicamente interarábicas –la Ruta del Incienso es sólo un recuerdo– y están en manos de árabes del norte. El deterioro de las condiciones de las tierras cultivables, por la disminución de las lluvias y la ruina de las obras hidráulicas, la salinización de los suelos, la deforestación y la erosión del terrazgo, aumentaría con la penetración creciente de clanes de árabes nómadas, e incluso de tribus enteras; todo ello da cuenta de vacíos demográficos y de un clima más árido. La vegetación es ya la de los desiertos vecinos, y donde antes había campos de cultivo padece el ganado de los beduinos. Una crisis ecológica arruinó la producción agrícola, base de la economía del reino. Las continuas degollinas de habitantes en un país convertido en un campo de batalla durante decenios, y las sucesivas epidemias han diezmando la población que, replegada en la autarquía, vuelve la espalda a cualquier proyecto de unión. Muchas tribus yemeníes han dejado sus lares y se han expatriado hacia el norte. La tierra dominada por extranjeros termina por dividirse políticamente en enclaves dominados señores persas. Los conflictos y las guerras intertribales crean un clima de inseguridad y de inestabilidad creciente, coadyuvando a la desagregación del país.

La antigua idolatría unificadora ha sido reemplazada por un semillero de creencias. El paganismo sabeo ha evolucionado



Estela con inscripción de
Abraha. Marib. 549 d. C.

nado hacia un henoteísmo (ahora cuenta una divinidad suprema elevada sobre el resto de dioscellos subalternos). Las clases altas en su mayoría se han aproximado al judaísmo; las sectas cristianas pululan por la Península; hay también núcleos mazdeístas; continua el animismo tribal o el totemismo entre los pueblos de Arabia Central. La tribu de "los Hanifa (nos relata Sa'id al-Andalusi, en el siglo XI, tomándolo de fuentes antiguas) poseía un ídolo de *hays* –pasta hecha de harina, leche cuajada, dátiles y mantequilla– que adoraban, pero les sobrevino una hambruna durante unos años y se lo comieron". Los espíritus inquietos e insatisfechos espiritualmente se inclinan hacia el monoteísmo, sin aceptar ninguna de las religiones existentes (los llamados *humafá'*). El islam tendrá en ellos los primeros adeptos.

La lengua sudarábica ha evolucionado mucho y acoge préstamos árabes, el sabeo deja de ser utilizado en las inscripciones, mientras la lengua himyari, próxima al árabe, y el árabe mismo se imponen. Con el advenimiento del islam los antiguos fastos entran en la leyenda, que guardó sobre todo las gestas de la historia de Himyar, último reino de una civilización desaparecida. También resuena el nombre Bilqís, la Reina de Saba', la del poderoso reino, cuya capital estaba en medio de un jardín gracias a su famosa presa, y nombres de magníficos palacios en ruinas o desaparecidos: Gumdán, Baynún, Salhín, "Iram, la de las columnas, sin par en el país", cuyos ecos recoge el Corán (89. 7-8). Nashwan h. Sa'id al-Himyari (m. 1177) recuerda con nostalgia la ruina de esa brillante civilización en su *Castida Himyari*: "¡Oh reyes de Himyar! Mil reyes se han transformado en polvo, [queda sólo] el simple testimonio de estelas y mausoleos. Su recuerdo es como ámbar gris, que se esfuma en su fragancia... ¡Dónde está Bilqís, señora de renombrado trono, cuyo palacio eclipsó una vez a todos los demás."

SOBRE LA ESCRITURA Y LAS LENGUAS SUDARÁBIGAS. Se ha dicho que las escrituras alfabéticas utilizadas actualmente en el mundo derivan en última instancia del alfabeto fenicio, a excepción de una sola: el silabario etíopico derivado del alfabeto sudarábigo, que constaba de veintinueve signos y era originario de Siria, donde fue abandonado a favor de la ordenación ugarítica, seguida por el fenicio, el griego, el latín, el árabe, el hebreo, etc. En un principio el sudarábigo podía escribirse de derecha a izquierda o de izquierda a derecha, e incluso existen textos de varias líneas que comienzan de derecha a izquierda, para seguir de izquierda a derecha y así sucesivamente. Finalmente se impondría la escritura de derecha a izquierda.

Si bien es verdad que las más antiguas inscripciones reales datan del siglo VIII a. C., la perfección de esa grafía postula un periodo anterior de formación cuya duración se nos escapa –aparecen muestras en materiales cerámicos, que se remontan al siglo XII-X a. C.– teniendo en cuenta que la más reciente inscripción sudarábica data de 560 de la era cristiana. La grafía sudarábica se mantuvo durante unos trece siglos.

El Yemen es una de las regiones del mundo más ricas en documentos epigráficos (más de diez mil inscripciones han sido ya descubiertas), textos sudarábigos se encuentran por doquier: en rocas del desierto, donde algunos caravaneros grabaron grafitos para dejar constancia de su paso por el lugar; en los exvotos de los templos, para explicar la significación de la ofrenda; en estelas, aras y cipos; en grandes construcciones y templos adornados con inscripciones monumentales, destinadas a durar, de una gran calidad decorativa; sobre piedras talladas o placas de bronce, e incluso sobre rocas (tales como decretos reales).

Se han encontrado textos sudarábigos en Etiopía (gracias al *geez*, la lengua litúrgica de la Iglesia Etiópica, ha sido posible, en gran medida, descifrar el sudarábigo), en Egipto, en el Hiyaz septentrional, norte de la Península Árabe, y en la isla griega de Delos. Por lo regular las inscripciones grabadas en piedra o en bronce era cosa de gentes ricas o nobles, no estaban al alcance de cualquiera. La lengua empleada en las inscripciones es técnica y estereotipada, de vocabulario muy limitado y especializado. La forma de estos textos es artificial y de difícil interpretación, aún cuando se utilicen fórmulas repetitivas, debieron ser ya en la Antigüedad opacos para el común de las gentes.

Las lenguas escritas en caracteres sudarábigos de oeste a este fueron básicamente cinco: el mineo, el sabeo, el qatabani y el hadramáwtico. Todas estas lenguas emparentadas entre sí, y dado que se servían de la misma escritura, formaban una auténtica unidad cultural. La de más larga duración entre ellas, el sabeo, estaría bastante próxima al árabe clásico y al *geez*. Parece que las otras se apartaban bastante más, sobre todo el hadramáwtico. Finalmente, el árabe antiguo de la parte septentrional del Yemen, que contenía numerosos préstamos sabeos, parece haber sido una lengua en suma que estaba entre el árabe clásico y el sabeo.

Los primeros documentos sudarábigos son de la región del noreste del Yemen a la linde del desierto. En los pequeños reinos de Nashshân, Kaminahû, Haram, Ma'in e Inabba' en el Yawf, se empleaba el mineo; en Saba', el sabeo; en Qatabân, el qatabani, y en Hadramawt, el hadramáwtico. Estas tres últimas tribus impusieron su lengua en sus épocas de dominio a otras tribus, al amén en las inscripciones, pero es muy difícil saber la lengua que hablaban esas tribus dominadas. El caso de Himyar resulta ilustrativo. Esta tribu escribió primero en qatabani; luego, tras su independencia (h. 110 a.C.), utilizó el sabeo; pero los himyaríes no hablaban sabeo, sino una lengua que comportaba ciertos rasgos sabeos y otros arábigos. En todo caso entre los siglos II y III de nuestra era desaparecieron el mineo, el qatabani y el hadramáwtico; sólo el sabeo continuó escribiéndose hasta el final de la civilización sudarábica.

Hoy día parece claro que aun cuando se emplease el sabeo en las inscripciones himyaríes hasta el siglo VI, la lengua sabea, como tal, había dejado de ser hablada al menos dos siglos antes: la penetración de grupos beduinos hablando el árabe y el abandono de las principales ciudades, así como el empleo de palabras árabes por la propia tribu de los saba' abonan esta hipótesis. La conquista del Yemen por abisinios cristianos (en 525 ó 530) y después por los persas (h. 570), así como la eliminación de las elites judías gobernantes, añadiéndose a la destrucción de templos y bibliotecas, dio lugar a una ruina total. Y por más que el periodo de paz persa y el inmediato advenimiento del islam hubiera podido propiciar un renacimiento cultural sudarábigo, de hecho no se dio. Esto no sólo se debió a la cruenta invasión abisinia. Es por demás sospechoso que no nos haya llegado ni el título tan siquiera de una obra técnica o literaria. Todo ello, como mantiene C.J. Robin, hace suponer que el antiguo saber de la civilización sudarábica era patrimonio de un pequeño número de individuos, en una lengua que ya no era comprendida por el pueblo.



Fragmentos de cerámica inscrita. Yalá. Siglo XII-IX a. C. Museo Nacional de San'a



Estela con pasaje de una peregrinación al templo de Almaqah en Marib. Finales del siglo VIII a. C. Museo Nacional de San'a

LA REINA DE SABA: LA FUERZA DEL MITO. Acerca de este personaje de dimensión más legendaria que real o histórica, hay cuatro teorías, recogidas por N. Clapp. Para unos, la Reina de Saba podría ser un personaje imaginario que encarna a la diosa pagana Astarté. Muchos estudiosos creen que la Reina de Saba era una matriarca de una tribu del norte de Arabia. Para otros, podría ser Bilqis, una reina legendaria del antiguo Yemen. Pero habida cuenta la inexistencia histórica de reinas en el sur de Arabia, pudo ser una especie de regente que habría gobernado, según asegura el mito, diecisiete años, tras el fallecimiento de su marido, hasta la edad adulta de su hijo. Los etíopes por su parte, creen fervientemente que la Reina de Saba fue Makeda, la madre de Menelik, el primer rey de la dinastía salomónica.



Inscripción himiyari con una dedicación hebrea. Zafar. Siglo V d. C. Museo de Zafar



Inscripción himiyari que hace mención a una guerra entre Saba e Himyâr. Bayt Dab'ân. 230-240 d. C. Museo Nacional de San'a

La tradición judeo-cristiana. Aunque tanto en la tradición judía antigua como en la cristiana, esta leyenda tenga su propio desarrollo autónomo, el mito de la Reina de Saba comienza con el relato bíblico del *Libro de los Reyes* (I.3.10), en el que la belleza y la riqueza, representadas por ella, se vienen a inclinar ante la sabiduría de Salomón. Es posible que la visita de la Reina de Saba, nada menos que hacia el año 950 a.C., a Salomón, se haya dado dentro de los contactos diplomáticos del rey con una reina árabe. No se puede excluir que fuera una reina del norte de Arabia (la reina Zabibé, soberana de Qédar o de Aribi, pagaba tributo al rey asirio Teglatfalasar III en 738 a.C., y tras ella otra soberana, Samsi, a la que en 733 a.C. Teglatfalasar obligó a huir al desierto sin poder acabar con ella, nos confirma la existencia de mujeres gobernantes. Se tienen noticias de no menos de cuarenta y dos reinas o matriarcas árabes en esas regiones, en época antigua. Pero también es plausible que el nombre de Saba se haya añadido, para dar mayor fuerza al texto bíblico, a la hora de su redacción definitiva después del siglo VII a.C. Sabemos que a partir del siglo VI a.C. los preciosos productos yemeníes, transportados por los sabeos, se volvieron un tópico literario en el contexto cananeo: "Todos vienen de Saba", trayendo oro e incienso" (Isaías 60.6). "A mi qué el incienso de Saba'..." (Jeremías 6.20). "Los mercaderes de Saba' y Regna comerciaban contigo, cambiaban tus mercancías por los más exquisitos aromas, piedras preciosas y oro". (Ezequiel 27.22).

En los Evangelios de san Mateo (12.42) y de san Lucas (11.31) no se habla de la Reina de Saba, sino de que "la reina del Mediodía se levantará en el juicio contra los hombres de esta generación y la condenará, porque vino de los confines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón...". En la tradición cristiana comienza a verse la visita de la Reina de Saba como un anuncio de la venida de los Reyes Magos, que tanto impresionó al mundo cristiano medieval, ya que simbolizaba el mundo pagano venido a Cristo, trayendo incienso, oro y mirra, productos sudarábigos, como ofrenda al Niño Dios. Unos y otra prefiguran la Iglesia de los gentiles, llegando a ser representados en las fachadas y retablos de templos y catedrales.

Esta reina en la leyenda se entrecruza con la de la reina Sibila caldeo-judía que los comentaristas cristianos intentarán reconocer en los *Oráculos sibílicos*, así como con la de la reina Pédauque (pie de oca), transmutación cristiana de las pezuñas o las piernas peludas que tanta consternación habían causado a Salomón en la leyenda judía y árabe, rasgos estos provenientes de su madre, que venía del linaje de los genios. En la Edad Media, Jacobo de Vorágine, arzobispo de Génova, a mediados del siglo XIII, entrecruza la leyenda aún más con signos y símbolos cristianos. La Reina de Saba en su viaje a Jerusalén, al ir a pasar por un madero que hacía de puentecillo sobre un riachuelo, tuvo la visión de que el Salvador del mundo sería algún día crucificado en aquel mismo madero. "Sobrecogida de respetuosa reverencia lo adoró devotamente". Luego otros continuadores se encargaron de ampliar esta historia de la *Leyenda Dorada*. Así pues, la reina, para no profanar el árbol, vadeó el riachuelo y gracias a esos pasos por el agua quedó milagrosamente curada de su deformidad. Jacobo de Vorágine continúa la leyenda, con la relación de una serie de sucesos maravillosos, entrecruzándolos con la leyenda de la Vera Cruz. Santa Elena, madre de Constantino, recupera el madero santo y lo reparte en astillas entre las grandes iglesias y catedrales de la cristiandad. La Reina de Saba así, en su visita a Jerusalén, prefiguraría no sólo el viaje de los tres Magos a tierra Santa, sino también el de la peregrinación de los cristianos a los Santos lugares. Con el asunto de la Vera Cruz, de origen bizantino, se subraya el carácter místico de tal viaje. Los cristia-



Dibujo de estatuas destruidas de la Catedral de Dijon, en el que se aprecia la representación de la reina de Saba con un pie de oca



Estampa de Salomón y la reina de Saba, ésta última con un pie de oca. Ulm, 1492

Saba. Una reina negra, representada a veces así en los altares y retablos de iglesias de Occidente. El *Kebra Nagast* relata el viaje de la soberana a Jerusalén, donde, por medio de artimañas, Salomón logra introducirse en el lecho de la joven. En el viaje de vuelta a Etiopía ella da luz a un niño junto a una fuente de Maibella, en Eritrea, a quien le puso el nombre de Menelik, "hijo del rey". Éste se crió en Aksum hasta los veintidós años; entonces retornó a Jerusalén para conocer a su padre y las leyes e instituciones de los israelitas, y de paso reclutar oficiales, artesanos y consejeros que le ayudaran a hacer de su tierra un país civilizado. Ungido rey de Etiopía por el sumo sacerdote Zadoc en el sagrado templo de Jerusalén, volvió a su país no sin antes haber robado el Arca de la Alianza, en compañía de su fiel acompañante Azirah. "Se apoderaron de ella sin dilación, en un abrir y cerrar de ojos, y en presencia del Ángel del Señor, que los dirigía". Perseguido por Salomón y sus hombres hasta Egipto, un ángel convence al rey israelita para que no continúe su persecución, pues ha sido su propio hijo el que se ha llevado el Arca.

A su llegada a Aksum, el fundador de la dinastía salomónica es recibido por sus súbditos, a quienes la Reina de Saba invita a una suntuosa fiesta, celebrándose desde entonces en conmemoración cada año a fines de noviembre.

Este mito, por supuesto, está relacionado con la aspiración de la Iglesia Copta de independencia y primacía, puesto que tras el Concilio de Calcedonia en 451, el Patriarcado de Alejandría considerado heterodoxo, quedó relegado con respecto al de Constantinopla, mucho más poderoso, debido a la supremacía política y espiritual del emperador bizantino.

nos guardaron durante siglos la nostalgia de la soberana de Saba y de su reino, un país lejano y fabuloso que alimentó la imaginación de los artistas y del común de las gentes de Occidente.

La tradición etiópica. En ningún otro sitio del mundo, dice C. Guillot, el mito de la reina de Saba ha desempeñado un papel tan importante como en Etiopía, la antigua Abisinia, puesto que está vinculado a la institución de la realeza. Los etiopes no abrigan dudas acerca de la veracidad de su relato épico nacional: el *Kebra Nagast* (Gloria de los Reyes) —un texto supuestamente descubierto en la basílica de Santa Sofía en Constantinopla y cuya primera redacción remontaría al año 800 a.C., aunque más bien parece que, tras un largo periodo de gestación oral, la historia fue puesta por escrito en el siglo XIV por un clérigo de la ciudad santa de Aksum—. "El objetivo de esta obra es probar que Etiopía es la heredera legítima de Israel como pueblo elegido", y que sus emperadores fueron los descendientes de una dinastía fundada por la reina de Saba. La Constitución revisada etíope de 1955 asegura, en efecto, que esa estirpe real "desciende sin interrupción de la dinastía fundada por Menelik I, hijo de la reina de Etiopía, la reina de Saba, y del rey Salomón de Jerusalén". Dinastía que se prolongó hasta Haile Selasie, Negus neguesti (Rey de reyes), León conquistador de Judá y dinasta doscientos treinta y cinco por línea directa de Makeda (Malkat = reina), la reina virgen que libró a la ciudad de Aksum del rey serpiente (Awre-Wainaba) a quien ella cortó la cabeza. En pago de ello, el pueblo agradecido la hizo su reina de

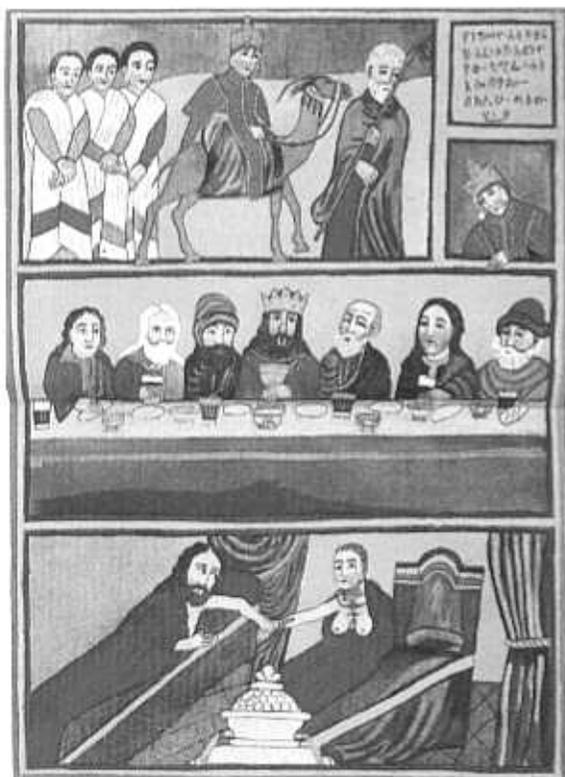


Ilustración de la *Chronique du regne de Menelik II*, por Guébres Selassie, Paris, 1930. Biblioteca Británica, Londres



Bilqis cruzando un arroyo. 1552. Manuscrito persa. Oxford. Biblioteca Bodleyana

tos de exégetas y cronistas posteriores, dando lugar así a un entrecruzamiento inextricable de historias, y a una exuberancia de anécdotas y detalles sobre la Reina y Salomón.

En el Corán (21.78-82), Salomón aparece, al igual que su padre David, dotado de gran juicio y ciencia, y con poderes que superan los de su progenitor: los vientos le obedecen y los demonios trabajan y bucean en busca de perlas para él; "hacían lo que el quería: palacios, estatuas, calderos grandes como cisternas..." (Corán 34.12). Conoce el lenguaje de los pájaros, de las hormigas y de los genios. Por la abubilla tiene noticia de la existencia de los saba y de su reina, así como de sus riquezas y excelencias; pero que se prosternan ante el sol. La Reina de Saba, cuyo nombre no figura en el Corán, al saber de este rey, le envía presentes. Salomón, mientras, con ayuda de un genio hace traer el trono de la reina a Jerusalén y lo hace transformar –un trono al decir de Tabari (siglo X) de 80 codos de largo por 80 de alto, hecho de oro rojo, rubies y perlas–. La Reina viene a visitarlo y al entrar en el palacio real su pavimento de cristal le hace creer que es agua y descubre sus piernas –lo cual da lugar, posteriormente, a una mina de anécdotas–. Asombrada, apenas reconoce su trono y, tras éste y otros acontecimientos, abandona su idolatría, aceptando la verdadera religión (Corán 27.15-44).

Según la obra *al-Qisas al-Anbiya'* (redactada por al-Kisa'i en el siglo XII), Bilqis se quedó en Jerusalén para tener ocasión de conocer mejor a Salomón y aprender más cosas sobre Dios todopoderoso. Entre el Rey y la Reina surgió una creciente atracción y aquello asustó a los genios, ya que si tenían un hijo, nunca se liberarían de la esclavitud. Zabwa, un genio, aconsejó a Salomón poner un suelo de cristal en su palacio, para que viese que Bilqis era una de los suyos, pues tenía piernas peludas y pezuñas. Salomón accedió y al entrar la Reina en el palacio se levantó las faldas instintivamente.



Ana María Pacheco: *Piernas velludas de la reina de Saba III*,
2001. Colección privada.

ya que ella rehusaba afeitárselas. Los genios consiguieron crear una composición de cal y arsénico eficaz (al-Kisa'i dice que era un compuesto de cal apagada y cenizas). Claro que no podía ser de otro modo, pues Salomón logró poseer lo que nadie antes de él había tenido, a saber: el ungüento para depilar, el baño caliente, el arte de taladrar las perlas, el arte de bucear y el arte de fundir el cobre. Tabarí termina su relato diciéndonos que Bilqis le dio un hijo a este Rey sabio. Lo cual entraría en conexión con el ciclo etiópico. La leyenda tiene como principal objetivo hacer entrar en el orden natural la anomalía humana y social que supone la Bilqis sudarábiga.

Otros exégetas afirman que fue al vadear un arroyo cuando dejó ver sus piernas peludas, lo cual era síntoma de que tal mujer semihumana no respetaba el orden natural ni social, ya que era por demás raro que una mujer mandase sobre hombres. La explicación más acertada es que siendo hija de un rey y de un genio femenino, su pilosidad y su pie no humano, le vendría por línea materna. Otro relato asegura que fue un simple antojo de su madre encinta, quien al ver una cabra habría exclamado: ¡qué bella cabra, qué hermoso pie! Ya sabemos por la leyenda cristiana, que ese pie de cabra o de oca por respeto a la *Vera Cruz*, se convirtió en pie humano. La leyenda musulmana hace hincapié en el aspecto de las piernas de Bilqis; pese a ello Tabarí nos dice que Salomón la tomó por esposa y la envió a su gineceo, y tanto el ejército de la reina, previamente convertida a la verdadera religión, como su reino vinieron a ser de Salomón. Éste ordenó a los genios que le fabricasen un ungüento para depilar las piernas de su mujer;

FUENTES

Fuentes árabes

BALADURI, Abu l-'Abbas Ahmad b. Yahya b. Yabir al-Futuh al-Buldan, ed. M. J. de Goeje, Leiden, 1866; trad. F. K. Hitti, *The Origins of the Islamic State*, New York, 1926.

BUJARI, al- *Sahih al-Bujari*, 4 vol, en 2 t. Dar al Ihya' al-Kutub al-'Arabiyya, s.l. y s.a.

EL CORÁN, Texto árabe de la edición oficial de Fuad, El Cairo, 1923, trad. J. Cortés, Barcelona, 1999.

HAMDANI, Hasan b. Ahmad al-*Kitab al-Iklil*, vol 8, ed. y trad. N. A. Faris, *The Antiquities of South Arabia*, Princeton, 1938.

KALBI, Hisham b. M. b. al-Sa'ib al-, *Kitab al-Asnam*, trad. N. A. Faris, Princeton, 1936.

KISAI, M. b. 'Abd Allah al-, *Qisas al-Anbiya'*, ed. Eisenberg, Leiden, 1922, trad. W. M. Theckston Jr., *Tales of the Prophets*, Boston, 1975.

SA'ID AL-ANDALUSI, *Kitab Tabaqat al-umam*, ed. H. Bu Alawan, Beirut, 1985; trad. F. Maillo Salgado, *Libro de las categorías de las naciones*, Madrid, 1999.

TABARI, Abu Ya'far M. b. Harir al-, *Ta'rij ar-rusul wa l-muluk (Annales)*, ed. M. J. de Goeje, Leiden, 1964 (reimpr.), vol. I.

BIBLIOGRAFÍA

ABBOY, N. "Preislamic Queens", *American Journal of Semitic Languages and Literature*, 58 (1941), 17-36.

Ancient an Medieval Monuments of Civilisation of Southern Arabia, Moscow (Nawka Publishers. Central Department of Oriental Literature), 1988.

ANTONIONI, S., «Les images: dieux, hommes et animaux», en *Yemen, au pays de la reine de Saba'*, Paris, 1997, pp.150-165.

BAFAQIH, M.'A. Q., *L'Unification du Yemen antique. La lutte entre Saba', Himyar et le Hadramawt, du I au III siècle de l'ère chrétienne*, Paris, 1990.

BEESTON, A.F. L. «Saba», *E.I 2*, VIII, 682-685.

- "Ma'in", *E.I 2*, VI, 86.

- "Kataban", *E.I 2*, IV, 775-778.

- "Hadramawt" *E.I 2*, III, 53-56.

BESSTON, A.F.L. GHUL, M.A. MULLER, W.W y RYCKMANS, J. *Dictionnaire Sabéen* (inglés-francés-árabe), Beirut, 1982.

BESSAC, J. C. "La construction sudarabique en pierre",

Fuentes clásicas y medievales

DIODORUS SICULUS, *History*, ed. y trad. C.H. Oldfather et alii. Cambridge (Massachussets), 1933, 12 vols.

ESTRABÓN, *Geografía*, trad. J.L. García Ramón y J. García Blanco. Madrid, 1991-1992., 2 vols.

HERÓDOTO, *Las Historias*, trad., A. González Caballo, Madrid, 1994, 2 vols.

KEBRA NAGAST (Gloria de los Reyes), ed. Y trad. M. F. Brooks, Lawrenceville, New Jersey, 1996.

PERIPLUS MARIS ERYTHRAEI, ed. y trad. L. Casson, Princeton, 1989.

PLINIO, C. (el Viejo), *Historia Natural*, trad., A. Fontán, I. García, E. Borato y M.L. Arribas, Madrid, 1995-1998, 2 vols.

PTOLOMEO, C. *Claudius Ptolemy: The Geography*, trad. E. C. Stevenson, New York, 1991.

THEOPHRASTUS, *Enquiry into Plants*, ed. y trad. A. Hort, Cambridge (Massachussets), 1916.

VORAGINE, Santiago (Jacobo) de la, *La leyenda dorada*, Fr. J. Macías, Madrid, 1999, vol. I.

Dossiers d'Archeologie 263 (2001), 30-31.

Biblia, trad. Nacar-Colunga, revisada por M. García Cordero, 33 ed. Madrid, 1974.

BONNET, J. *La reine de Saba et sa légende*, Roma, 1985.

BOWEN, R. LEBARON Y ALBRIGHT, F.P. (eds), *Archaeological Discoveries in South Arabia* (Publication of the American Foundation for the Study of Man) II (Baltimore, 1958) 215-286.

BRETON, J. F., "Shabwa, capital antique du Hadramaut", *Journal Asiatique*, 275/ 1-2 (1987), 13-30.

BRON, F. "Naissance et destin de l'alphabet sudarabique", en *Yemen, au pays de la reine de Saba'*, Paris 1997, pp. 55-56.

CLAPP, N., *La reina de Saba*, Barcelona, 2002.

CHELHOD, J. (ed.), *L'Arabie du Sud. Histoire et Civilisation*. Paris, 1984.

COSTA, P., "Problems of style and iconography in the south-arabian sculpture" en *Yemen, studi archeologia, sto-*

- rici e filologia sull'Arabia meridional*, 1 (1992), 19-39.
- DAUM, W. (ed.), *Yemen 3000 Years of Art and Civilization in Arabia Felix*, Innsbruck, 1988.
- DOE, B.M. *Southern Arabia*, London, 1971.
- *Monuments of south Arabia*, Cambridge-New York, 1983.
- GARBINI, G., *L'Arabie Meridional en L'Arabie avant l'Islam*, Aix-en-Provence, 1994.
- GILLOT, C., "La reina de Saba", *legende ou réalité?* en *Yemen, au pays de la reine de Saba*, Paris, 1997, pp. 64-66.
- GROOM, N., *Frankincense and Myrrh. A Study of the Arabian Incense trade*, Londres, New York, 1981.
- JUSCAFRESCA, B., *Enciclopedia Ilustrada. Flora medicinal, tóxica, aromática, condimenticia*, Barcelona 1975.
- MAIGRET, A. de, *Gli scavi della missione Archeologica nella città minea de Baraqish*, Ismeo, 3, Roma 1991; *La seconda campagna di scavi...*, Ismeo, 6, Roma, 1993.
- "The Sabeans (ed.) *Archaeological Complex in the Wadi Yala*, Roma, 1988.
- MORALEJO ÁLVAREZ, S., "La rencontre de Salomon et de la Reine de Saba; de la Bible de Roda aux portails gothique", *Cahiers de Saint-Michel de Cuxa*, 12 (1981), 78-109.
- MULLER, W. W., «Marib», *Encyclopédie de l'Islam* (E.I 2), VI, 543-552
- NOJAS, S., «Les écritures d'Arabie» en *L'Arabie avant l'Islam*, Aix-en-Provence, 1994, pp. 241-266.
- PIRENNE, J., *À la découverte de l'Arabie, cinco siècles de science et d'aventure*, Paris, 1958.
- "Les sud-arabes a travers leur art", *Dossier de l'Archéologie*, 33 (1974), 36-41.
- "Prospection historique dans la region du royaume de 'Awsan", *Raydan*, 3 (1980), 213-255.
- ROBIN, C., "Religion of Soth Arabia", en *The Anchor Bible Dictionary*, ed. D.N. Freedman, vol. 6, New York, 1992.
- "The Rise and Fall of ancient Kingdoms" en *Version Original. Le trimestriel de Reflexion. The Arabian Peninsula*, n° 3, ed. C. Desjeunes, Paris, 1993.
- ROBIN, C. y GAJDA, I., (eds.), *Arabia Antiqua: Early Origins of South Arabian States*, Roma, 1966.
- ROBIN, C. y VOGT, B.(eds.), *Yemen, au pays de la reine de Saba*, Paris, 1997.
- RYCKMANS, J., *Institution Monarchique en Arabie Meridional avant l'Islam*, Louvain, 1955.
- "The Old South Arabian Religion", en *Yemen: 3000 Years of Art and Civilization in Arabia Felix*, ed. W. Daum, Innsbruck, 1988.
- SEDOV, "Qani, port antique du Hadramawt", *Dossiers d'Archéologie* 263 (2001), 32-35.
- SEDOV, A.V., "Le monnayage", *Yemen, au pays de la reine de saba* (ed. Rovin, C. y Vogt, B. Paris, 1997, 193-196.
- SEDOV, A.V. y BATAYA, A., "Temples of Ancient Hadramawt", *PSAS*, 24 (1994), 183-191.
- SERJEANT, R. B., "Observations on irrigations in South West Arabia", *Proceedin of the Seminar for Arabian Studies* (PSAS), 18 (1976), 145-153.
- SIMPSON, ST. J., (ed.) *Queen of Sheba. Treasure from Ancient Yemen*, London, 2002.
- ULLENDORF, E., "The Queen of Sheba in Ethiopian Tradition", *Salomon and Sheba*, ed. Pritchard, J.B, Londres, 1974, pp. 104-114.
- VOGT, B. y SEDOV, A., "The Sabir culture and coastal Yemen during the second millennium BC- The present state of discussion", *Proceeding of the Seminar for Arabia Studies*, 28 (1998), 261-270.
- VOGT, B. MAIGRET, A. de, y ROUX, J. C., "I costume funerary", *Yemen. Nel paese della Regina di Saba*, Roma, 2000, pp. 183.193.
- WATSON, P. E., "The Queen of Sheba in Christian Tradition", *Salomon and Sheba*, ed. Pitchard, J. B., London, 1974, pp. 115-145.
- WATT, W. M., "The Queen of Sheba in Islamic Tradition", *Salomon and Sheba*, ed. Pitchard, J.B. Londons, 1974, pp 85-103.

FICHA TÉCNICA

EXPOSICIÓN

Comisario científico
Felipe Maíllo Salgado

Coordinación itinerancia internacional
Marco Livadiotti

Coordinación:
Alicia Navarro Granell
María Josefa Pastor Cerezo
Inma Querol Navarro

Préstamos
Organización General de Antigüedades, Museos y Manuscritos de la República del Yemen
y American Foundation for the Study of Man, Falls Church-Virginia

Administración y personal del C.C.C.D.
Isabel Yela de la Riva
Pilar Redondo Salinas, Silvia Carretero Moreno, Gloria Delgado Schwartz, Carmen Santiago
Cano, Elisa Suárez de Puga, Carmen Fuentes Rabadán y *todo el personal del Centro Cultural*

Diseño
María García Alén
Ramón Pinal

Montaje:
Fernando Arias Octavio
Encargado de Montajes del C.C.C.D.
Exmoarte

Transporte:
SIT. Transportes internacionales

Seguros:
STAI

Iluminación:
Intervento 2

Prensa:
Javier Monzón
Paula Criado Poblete

CUADERNO

Texto: Felipe Maíllo Salgado. Traducción: Fares Abdin. Fotografía: Organización General de Antigüedades, Museos y Manuscritos de la República del Yemen y American Foundation for the Study of Man, Falls Church-Virginia. Fotomecánica: SGI. Impresión: Litofinter. Diseño y maquetación: Enrique Ortega. D.L. M-3.173-2003. Edita: Descubrir el Arte. Calle Javier Ferrero, 9. 28002 Madrid

Centro Cultural Conde Duque
Conde Duque, 11. Madrid
10 de febrero a 6 de abril de 2003

Centre Cultural Bancaixa
Plaza Tetuán, 23. Valencia
abril - mayo de 2003

Centro Cultural Rambla
Rambla Méndez Núñez, 4. Alicante
agosto - septiembre de 2003

Sala Glorieta Sagunto
Plaza Cronista Chabret, 6. Sagunto
agosto - septiembre de 2003

**CONDE
DUQUE**
CENTRO CULTURAL


Ayuntamiento de Madrid
Consejería de Cultura, Educación,
Juventud y Deportes

BANCAJA
Española de Ahorros
Caja de Ahorros de Valencia, Castellón y Alicante